La Ilustracion Artística

Año XXVII — Barcelona 17 de agosto de 1908 — Núm. 1.390

CONCILIÁBULO INFANTIL, cuadro de M. Bashkirtseff

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. – *La rosa y la espina. Leyenda oriental*, por Juan B. Enseñat. – *Buenos Aires. El teatro Colón. – Pérdida del globo alemán dirigible «Zeppelin.» – Miss Fyzée. – El emperador de Alemania en Estockolmo. – París. La boda de la señorita Fallieres. – La vuelta á Francia en bicicleta. – Miscelánea. – Problema de ajedrez. – El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *La escuadra inglesa en Barcelona.*

Grabados.— *Conciliábulo infantil*, cuadro de M. Bashkirtseff. – Dibujo de Triadó que ilustra la leyenda *La rosa y la espina. – Buenos Aires. El teatro Colón. Vista general y otras cuatro parciales.* – El dirigible *Zeppelin* en los aires. Sus restos después de la catástrofe. – *Miss Fyzée. – Estockolmo. Visita del emperador de Alemania al rey de Suecia. – El trabajo*, tríptico de Luis Dettman. – *París. La boda de la hija del presidente de la República con el Sr. Lanes. – La vuelta á Francia en bicicleta. – La escuadra inglesa en Barcelona. – El vicealmirante, el almirante, el vicecónsul y el alcalde accidental dirigiéndose desde la Puerta de la Paz al Tibidabo. – M. Fallieres y los reyes de Noruega en Voxenhollen.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis reflexionado alguna vez en lo que significan, en el papel que representan dentro de la vida de la humanidad, las llaves?

Ese trozo de hierro que por un lado tiene forma de asa y por otro una hechura especialísima, semejante á la de una mano chiquita y mutilada, que sin embargo se adelanta para ejercer un esfuerzo, incomunicando ó comunicando, aislando y resguardando ó franqueando, es una entidad importantísima en el cuadro de la civilización humana.

Preguntábase Bartrina, el desengañado poeta, qué graves delitos habrían precedido á la invención de las llaves. Es indiscutible: la primer llave—ó cosa equivalente—fué la sanción del derecho de propiedad, la consagración del *tuyo* y *mío*, no sólo en lo material, sino en lo espiritual; porque la llave no guarda solamente objetos y dinero: guarda también á la mujer, y la mujer bajo llave, es todo el Oriente, celoso y exclusivo.

«La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,» reza el antiguo refrán. De poco serviría, para el achaque de la honradez, el estar en casa, si las casas no tuviesen provisión de llaves y cerrojos; si las casas fuesen únicamente cuatro paredes y una puerta, que cualquiera puede atravesar. Y á veces, han sido llaves y cerrojos estímulo para que el galán atrevido ponga cerco al recato de la mujer. El cerrar defiende, pero tienta.

Lo seguro es que ignoramos el origen de las llaves; yo al menos no he podido averiguar dónde y cuándo se usaron por primera vez. Que son muy antiguas es cierto, pues Cristo dió á San Pedro las del cielo hace mil novecientos años. He podido admirar colecciones de llaves que constituyen verdaderos objetos de arte, maravillas de cincelado y de forjado, objetos de Museo. Nuestra época, que de todo tiene menos de estética, ha reducido la llave á su mínima expresión y á la más sencilla y desairada hechura; pero antaño (un antaño bastante remoto) eran tan primorosas las llaves, que hubo quien adquirió una y por encontrarla encantadora, construyó un mueble *ad hoc*, en el cual la llave funcionaba.

¿No habéis oído hablar de las llaves del corazón? A cada paso esta idea asoma en la poesía y en el lenguaje familiar. ¡Las llaves del corazón! Nos las figuramos diminutas, de oro cincelado, incrustadas de rubíes, unos rubíes chiquitos y vivos como gotas de sangre que hiere el sol. También el corazón necesita, por lo visto, ser cerrado rigurosamente, y también si se abriese entrarían por él haciendo riza los ladrones y descuideros... Con mayor motivo que los cofres y arcas, que los joyeros y armarios, debe cerrarse el corazón, que es donde guarda cada cual lo mejor de sí mismo. En el corazón de cada uno sólo cabe cada uno: ¡ay del que lleva, dentro de su corazón, á otro ser humano! Como el gusano en el nudo vital del árbol, irá el intruso ó la intrusa royendo y destrozando, hasta que el árbol tenga que venirse á tierra, desplomado de repente. Las llaves del corazón serían las llaves de mayor importancia... si hubiesen existido alguna vez.

Otras llaves, sin embargo, suelen imponerse con doble fuerza á los míseros mortales. Son las tantas veces citadas *llaves de la despensa*. ¿No habéis oído nunca lamentar el que un padre de familia, al morirse, se lleve consigo á la sepultura las necesarísimas, urgentísimas llaves?

Es decir: no creo que sean precisamente las llaves lo que se lleva, sino más bien lo que bajo esas llaves se custodiaba. Notad que los duelos por la pérdida del jefe de la familia, revisten especial carácter cuando en un ángulo de la caja mortuoria suponemos que van ocultas esas llaves desgastadas por el uso diario, engrasadas del contacto de los dedos hacendosos. El duelo por un hombre que deja á los suyos «bien» es una manifestación de simpatía y un tributo á la ley común que acatan los hijos de Adán; pero hay quien sale de un duelo envidiando más que compadeciendo á los herederos del difunto. En cambio, los duelos donde las llaves de la despensa bajan á la tierra acompañando al cadáver (como acompañaban en tiempos prehistóricos al guerrero muerto sus armas y hasta sus mujeres favoritas), esos sí que son duelos y quebrantos. Allí sí que los párpados se han hinchado al cauterio de verdaderas lágrimas escocientes; allí sí que todo descubre el aplanamiento y el horror sordo de las catástrofes interiores. La viuda tiene gestos especiales, de desesperanza; los hijos están como si les hubiesen descargado un mazazo en la cabeza; los criados la mueven á guisa del que anuncia la imposibilidad de arrostrar el porvenir, y los amigos, atropellando entre los labios las fórmulas oficiosas del pésame, piensan en otra cosa, é involuntariamente cavilan entre sí: «Habrá que alejarse un poco, con habilidad. Esta *pobre* gente ha quedado en malísima situación...»

¿No es esta la verdad, la cruda verdad humana? ¿No es el interés el móvil, oculto ó visible, de las nueve décimas partes de las acciones que vemos realizar diariamente? Y no debe de haber remedio para tal estado de cosas, cuando ha sido preciso inventar las llaves, los cerrojos, las trancas, las rejas, las puertas de hierro, las tapias y otros mil modos de clausura defensiva...

Si fuese preciso idear una alegoría de la propiedad, bastaría dibujar una enorme llave.

Y sin embargo, así como la firma no demuestra y quizás arguye en contra de la autenticidad de un cuadro, las llaves no salvan la propiedad en momentos críticos... Con la ganzúa se burla la llave; con el formón y la palanqueta se descerraja... La llave no es más que una especie de guardia civil de hierro; ante fuerza ó maña superiores, no es útil su custodia.

En los casos de descuido doméstico ó pérdida casual; cuando es preciso requerir al cerrajero para que precipitadamente abra una puerta cuya llave no parece, me ha producido siempre vago asombro y como sensación de la nulidad de las cosas, el ver que esa puerta que creíamos segura y reciamente defendida, esa cerraja en la cual fiábamos, cede sin la menor violencia, con fantástica facilidad y suavidad, á la primer vuelta de ganzúa. Todo lo que destruye la fe, nos aniquila. Aunque sea la fe en un objeto material, la fe que no llega á los hondos repliegues del espíritu, se sufre un dolor espiritual, un desconsuelo, al perderla. Yo he sentido oprimírseme el pecho siempre que he visto practicar esa operación sencillísima, el cerrajero agitando su llavero de ganzúas, eligiendo una, y en una vuelta de mano, franqueando con la mayor naturalidad la puerta que creisteis infranqueable... El honrado oficial os parece entonces un malhechor. La imaginación os le pinta entrando furtivamente, á las horas silenciosas, nocturnas, con calzado de fieltro, linterna sorda, puñal prevenido, el clásico *attrezzo* y vestuario del ladrón de oficio... Estos juegos de la fantasía son una de las doscientas razones que hacen temible la *pequeña gran desgracia*, como diría un traductor de folletín, de perder una llave...

¿Quién no las pierde alguna vez? Echegaray dice por boca de uno de sus personajes, en *Mariana*, si no me engaño, que el diablo es quien se lleva las llaves que faltan y no aparecen. No sé si el diablo se entretiene en eso por obra de su natural maldad, como San Antonio, por bondad, se toma el trabajo de encontrarlas, si se le reza el Responso; lo que sé es que hay veces en que sólo la intervención diabólica podría explicar la desaparición y reaparición de ciertas llaves. Acabáis de tenerlas en las manos, y de pronto..., ¡psit!, como si un ser invisible os las arrebatase y desapareciese con ellas. Y empieza la búsqueda ansiosa, el revolver por todas partes, el no dejar rincón que no se visite y escudriñe, el preguntar, y por último, el desesperarse. Cuando la desesperación ha llegado á su colmo, y ya las órdenes de «que venga el cerrajero» están cursadas..., allí, delante de nuestras narices; allí, donde habíamos mirado mil veces...; allí, riéndose de nosotros, ¿qué vemos? La llave, la maldita llave, el pedazo de hierro, sin el cual la normalidad de la existencia de los civilizados es imposible... La llave, que nos ha costado dos horas de dolor de cabeza y mal humor, y que ni un minuto había cesado de estar donde no se la buscaba.

Conviene advertir que mucha gente tiene la manía de las llaves, el prurito de cerrarlo todo, aun lo que no hay para qué. Y vive cargada con una respetable cantidad de *kilos* de hierro oxidado, pues quien abusa de las llaves, necesariamente las llevará descuidadas y sucias. ¿No es cierto que con sólo mirar las llaves que una mujer usa, os dais cuenta de sus aptitudes para hacer agradable el *home*? Un manojo de llaves relucientes, colgadas de un llavero de acero que brilla, es indicio cierto: hay orden y cuidado. Las llaves, por otra parte, son como las demás cosas; deben limpiarse y hasta desinfectarse. Yo tuve una tía, señora muy exquisita y principal, que había contraído la neurosis del asco, y lavaba cosas que es inverisímil que reciban el bautismo del agua, como los tiradores de las campanillas (por entonces eran gruesos cordones de seda rematados en una borla). De las extravagancias de esta señora, exagerada en su aseo, saqué en limpio—y aquí sí que cabe el modismo—que deben lavarse muchos objetos que la gente no lava jamás; las llaves, verbigracia. Un poco de aceite, papel de lija, un trapo, dejan una llave hecha un espejo. Averigüé también que la susodicha señora no absorbía un huevo pasado sin haberlo visto lavar anticipadamente, y que antes de usar una pastilla de jabón, la hacía disolverse un poco en agua, y esa agua la tiraba, porque allí iba la inmundicia y contaminación de los dedos de la operaria que había envuelto la pastilla en su camisa de papel de seda y en su coraza de papel plateado...

Hay veces en que la llave adquiere altísima significación. No hablemos de las de San Pedro, pues no ignoramos que no son de metal; recordemos solamente aquella llave de su puerta que los moros se llevaron al marcharse de España, ó que dejaron colgada de un clavo en el zaguán, que no tendrán más que descolgar el día en que quieran volver á sus antiguos lares... Acordémonos también de las llaves que guardan secretos, en muebles incrustados, dorados ó fileteados de concha; esos muebles que se ven en los cuadros viejos, en las prenderías y en las casas donde se cultiva la idea de lo pintoresco y lo artístico... ¡Si esos muebles hablasen! ¡Si nos refiriesen la historia del paquetito que atado con cinta azul ha permanecido allí años y años, palideciendo su tinta, enranciándose sus satinados folios, sufriendo la lenta alteración que sufre todo, cosas y personas, bajo la acción del tiempo! ¡Si la llave contase el temblor de la mano que la deslizó en la cerradura, las palpitaciones del seno en que se ocultaba, todo lo que formó alrededor de su metálico cuerpo ambiente de pasión!

Hace años, todavía las llaves desempeñaban papel muy trascendental en los estrenos teatrales. La mayoría de los madrileños se llevaba en el bolsillo la llave de la puerta, y aplicándola á los labios, juzgaba una obra. Fué asombroso el coro de llaves que acompañó al estreno de *La Carmañola*, de Nocedal. Actualmente, la inmensa mayoría de los madrileños entregan al sereno sus llaves, y se libran de llevarse una carga de hierro en el bolsillo. Y de pasada diré —puesto que frecuentemente tengo ocasión de deplorar aquí las malas costumbres—que es admirable esta humilde corporación de serenos madrileños, en manos de la cual se encuentra la hacienda y hasta la vida del vecindario, y que las guarda y defiende, sin que se registre un caso de complicidad con ladrones y malhechores. ¿No os da lástima, en las noches frías, el sereno? Mientras los demás trasnochan por divertirse, él trasnocha hasta el amanecer, y diariamente, para abriros la puerta y vigilar vuestra casa. Tiene en su poder el modo seguro de entrar en ella y de desbalijaros; tiene el depósito de vuestra confianza y seguridad, y no la defrauda nunca. Los extranjeros que vienen á Madrid, no se cansan de repetir que no sería fácil establecer en París ó en Londres algo análogo á nuestros serenos. El sistema de París, del famoso «cordon, s'il vous plâit!,» se presta á todo género de abusos y facilita la delincuencia nocturna. Hay que reconocer el mérito de los serenos—en el cual no reparamos, como se suele no reparar en lo que estamos viendo á cada instante —y perdonarles su única falta—por otra parte tan natural dentro de su oficio,—á saber, la afición á echar un reparillo al cuerpo, en la estación en que el frío amorata la nariz y las uñas; la inclinación á trasegar al estómago una copita ó un vaso de café con gotas... ¡El café! Y sin el café, vahoroso, hirviente, más de achicoria que de moka, ¿qué sería del sereno?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

El primer día la serpiente devoró once príncipes

LA ROSA Y LA ESPINA

LEYENDA ORIENTAL

Al amor de la lumbre, durante las interminables veladas de invierno, mi abuelo, que había viajado y leído mucho, solía deleitarnos á mis hermanitos y á mí, refiriéndonos cuentos maravillosos, que escuchábamos con la boca abierta, sin pestañear, palpitantes de emoción, y entre los de su vasto repertorio, quedó particularmente grabado en mi memoria el que á mi vez voy á contar.

El rey de Tipitapi había sido un célebre guerrero, cuyas conquistas llegaron á ser innumerables. Poco á poco había engrandecido su reino con la anexión de todos los pequeños Estados que le rodeaban, sin piedad para con los reyezuelos á quienes había desposeído de su corona.

Pero aquel período de gloria tuvo fin. El reuma paró los pies al ambicioso monarca, el cual, viéndose en la imposibilidad de seguir guerreando, recurrió al hada Melindra para que le buscase mujer.

El hada, agradecida al rey, que la había librado del genio maléfico Pulgarín, su mortal enemigo, condujo á la corte de Tipitapi á una joven princesa, cuya belleza extraordinaria no tenía igual en ninguna de las cortes del Asia.

El rey se enamoró locamente de la princesa y ordenó en seguida que se organizasen espléndidas fiestas para la boda.

Un año después, la joven reina murió dando á luz una bonita princesa, á quien el hada Melindra, su madrina, puso por nombre Zila.

El rey sintió mucho la muerte de su esposa; pero poco á poco Zila fué creciendo, y era tan simpática y hermosa que el monarca su padre le cobró un miedo espantoso á la muerte, que podía separarlo de su hija.

Zila tenía dieciocho años, cuando su padre le anunció su resolución de casarla.

En cada aniversario de su nacimiento, Zila iba á la gruta de las Pimpinelas, en que vivía su madrina, la cual le concedía un favor ó la dotaba de una nueva cualidad. El año anterior, Zila había encontrado en la gruta al hijo menor de un monarca vecino, el rey Hu, y se había enamorado de aquel simpático príncipe que unía á la gracia de su rostro, algo afeminado, pero bellísimo, una brillante inteligencia; se llamaba Hip. Por su parte, el príncipe Hip, igualmente ahijado del hada Melindra, había hecho una apasionada declaración de amor á la encantadora Zila.

La pobre princesa tuvo, pues, una profunda pena al enterarse de la condición que su padre ponía á los pretendientes para el casamiento de su hija. Tratábase de llevar al rey de Tipitapi la rosa de las Pimpinelas, que había de dar la inmortalidad al que pudiera cogerla y á la persona á quien fuese regalada; pero la empresa era difícil.

La rosa de las Pimpinelas florecía sobre la gruta en que vivía el hada Melindra y estaba guardada por el terrible genio Pulgarín, transformado en una monstruosa serpiente cuyas escamas, al menor movimiento, sonaban como campanas. La boca del reptil era tan grande, que hubiera podido tragarse un hombre con facilidad.

Era, pues, cuestión de librar un combate terrible; pero muchos príncipes lo ignoraban, y por otra parte, la perspectiva de una victoria que tan provechosos resultados había de dar, tales como la inmortalidad y la mano de la más linda de las princesas, cuya fama se había extendido por los confines del mundo, decidió á los príncipes casaderos, que acudieron en masa á la noticia del edicto que el rey de Tipitapi mandó publicar en los Estados vecinos.

Naturalmente, el edicto fué publicado en la corte del rey Hu, como en las demás. El rey Hu tenía dos hijos, Hop é Hip; pero el heredero de la corona era el primogénito, Hop, á quien su padre excitó á combatir con la serpiente, á fin de poder reunir más tarde, bajo un mismo cetro, los dos poderosos reinos.

Hop era un mozo robusto y temible; los cortesanos le llamaban el tigre, y le aborrecían tanto como apreciaban á su joven hermano Hip; así es que se alegraron de su partida, esperando que sería devorado por la serpiente.

Hip había manifestado á su augusto padre el deseo de tomar parte también en el combate. El rey se había burlado de él diciéndole que sus pretensiones eran ridículas, pues ni fuerza tenía para manejar una lanza.

Al pobre príncipe le contrarió mucho la negativa de Hu, pero el amor que sentía por Zila le dió el valor de infringir las órdenes del soberano que le prohibían ir á Tipitapi.

Se fué en derechura á las Pimpinelas en busca del hada Melindra, su madrina, para que le ayudase.

—Toma, le dijo el hada; aquí tienes una espina procedente del rosal de las Pimpinelas. La serpiente en que se halla transformado Pulgarín nada podrá contra el que lleve esta espina. Anda, ahijado mío, la victoria será tuya si conservas hasta el fin este talismán.

Acudieron ciento y un príncipes á tomar parte en el combate. Zila sentía aumentar su pena al ver que su amado no figuraba entre los pretendientes. Uno de ellos, sobre todo, la asustaba con su mirada solapada y dura: el príncipe Hop.

Empezó el combate, y el primer día, la serpiente devoró once príncipes. Muchos de los que quedaban se volvieron á sus Estados sin querer probar fortuna.

Al día siguiente, el príncipe Hop se disponía á combatir, pues era tan valiente como malo, cuando llegó su hermano Hip, que se apresuró á decirle:

—Por favor, hermano mío, no te expongas así, porque sucumbirás como los otros. Sólo yo tengo lo necesario para vencer, y como amo á Zila y ella me corresponde, dispensa que no te dé esta espina de rosal que me asegura la victoria. Por el amor de nuestro padre, no te expongas á una muerte segura.

Ya las escamas de la serpiente enviaban su ruido de campanas á los ecos de las montañas vecinas, cuando Hop se abalanzó sobre Hip puñal en mano y se lo hundió en el corazón. Cogió la espina y llegó fácilmente á la rosa de las Pimpinelas, que la serpiente, replegada en el hueco de su roca, le dejó coger. Después de la victoria, enterró á su hermano al pie mismo de la gruta.

En Tipitapi se organizaron grandes festejos en honor de Hop, el célebre vencedor de la serpiente. Se le paseó por la ciudad montado en un elefante, con un manto de oro tan largo que se necesitaron más de cien esclavos para sostener la cola.

Desesperada, Zila había ido á ver á su madrina, el hada Melindra, y siguiendo el consejo de ésta, solicitó y obtuvo de su padre que el matrimonio se celebrase en la gruta de las Pimpinelas. Llegó el día de la boda, y se ordenó á todos los súbditos del rey, residentes en la ciudad, que se reuniesen en la llanura inmediata á la gruta famosa. ¡Cosa extraña! En aquella llanura, hasta entonces inculta, habían nacido y crecido rápidamente miles de cañas, que obstruían el paso.

El príncipe Hop, que no encontraba obstáculo que él no venciese, mandó cortar todas las cañas y convertirlas en caramillos. La muchedumbre obedeció y pronto cada cual tuvo su caramillo en la boca.

—Ahora quiero, dijo Zila, que todo el mundo pase por delante de mi padre y de mí soplando en esos caramillos.

Pero ¡oh sorpresa!, el primero que desfiló soplando, produjo un plañidero sonido que vino á formar esta frase:

—¡No fuiste tú el que me mató para obtener la rosa de las Pimpinelas!

El rey no salía de su asombro. Cada súbdito que pasaba producía esta misma frase con su caramillo.

Entonces Zila rogó á Hop que soplase á su vez.

De pronto quiso negarse. Pero poco á poco, y á pesar de los violentos esfuerzos que hacía para impedirlo, su mano llevó el caramillo á sus labios y salió entonces una voz vibrante que dijo:

—¡Tú fuiste el que me mató para obtener la rosa de las Pimpinelas!

Inmediatamente el rey mandó prender y ajusticiar al miserable felón á la vista del pueblo, y la orden iba á ser ejecutada, cuando apareció por los aires, en un carro alado, el príncipe Hip, que al encontrarse frente al rey exclamó:

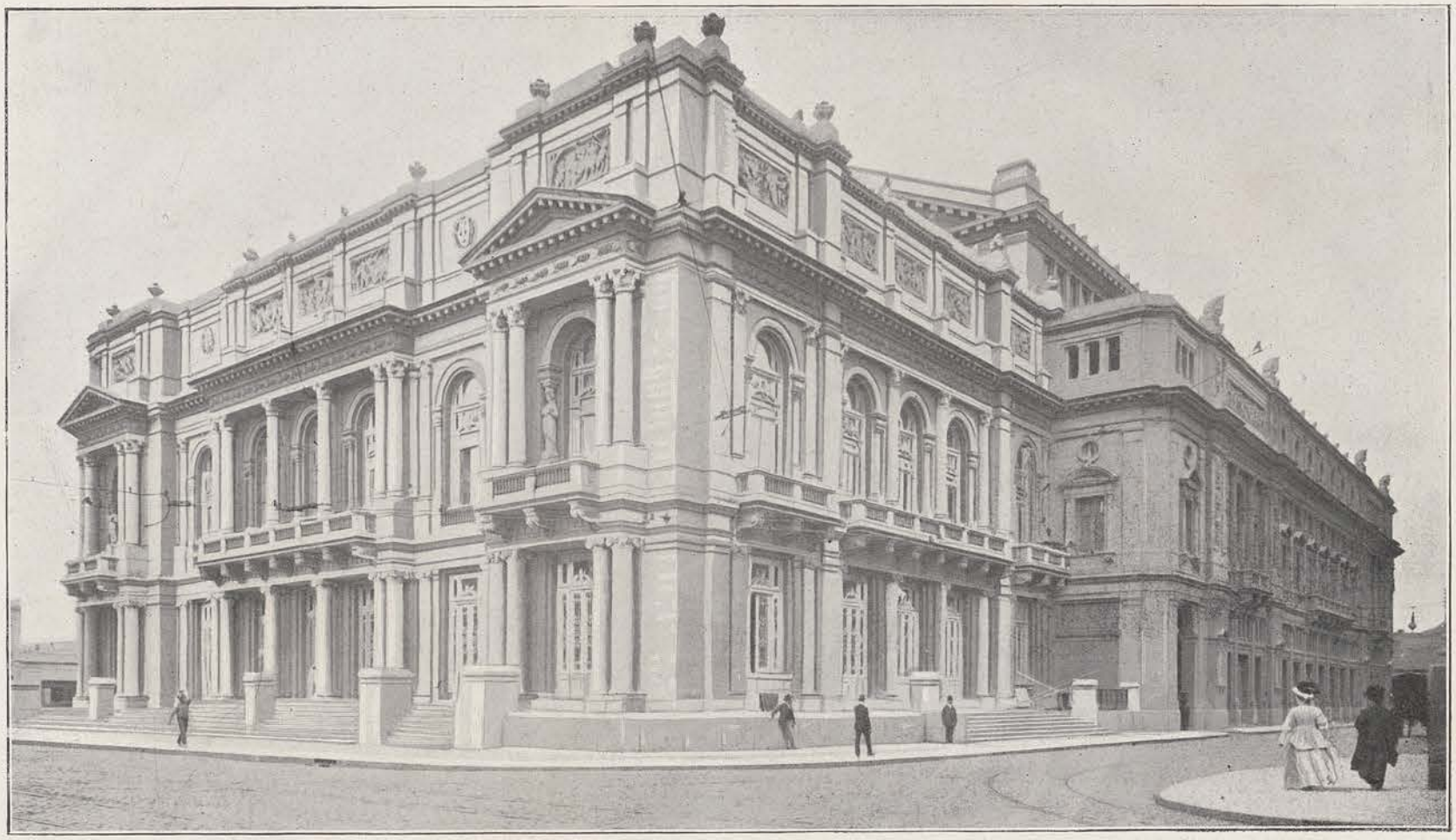
—Señor, perdón para mi hermano, que harto castigado quedará con no casarse con la más bella y graciosa de las princesas.

Perdonado, Hop se volvió á la corte del rey Hu. No había podido matar á su hermano porque Hip llevaba la espina, talismán necesario para obtener la rosa que daba la inmortalidad.

Aquel mismo día, Hip se casó con Zila, y los festejos fueron tan extraordinarios, que duraron sesenta días en la corte de Tipitapi.

Juan B. Enseñat.

(Dibujo de Triadó.)



Buenos Aires.—El Teatro Colón, recientemente inaugurado. Vista general del edificio

BUENOS AIRES.—EL TEATRO COLÓN

Hace poco se ha inaugurado en la capital de la República Argentina ese nuevo coliseo, que puede competir bajo todos conceptos con los mejores del mundo. El arte y la ciencia han aunado sus esfuerzos para hacer de él una obra maestra, y el resultado ha sido la creación de un verdadero monumento arquitectónico, embellecido por hermosas producciones pictóricas y escultóricas y dotado de todos los adelantos que la moderna escenografía exige en esta clase de construcciones.

Alzase el edificio en uno de los mejores sitios de Buenos Aires, enteramente aislado, y está dividido en tres pisos. En la fachada principal admíranse varias estatuas alegóricas de bronce y artísticos bajos relieves y otros adornos dispuestos simétricamente; y en su base hay amplias escalinatas que dan acceso al piso bajo, situado á un metro y medio sobre el nivel de la calle, y conducen á un gran vestíbulo profusamente adornado con grupos de columnas. De este vestíbulo se pasa al magnífico *hall*, de 14 metros de ancho por 28 de largo, cuyo techo de cristales llega hasta las azoteas del edificio, de 25 metros de altura, y en cuyo centro una escalinata de 14 metros de ancho se eleva hasta el nivel de la platea. Otras dos escaleras bajan hasta el pasaje de carruajes, inmediato al cual se halla un vasto *foyer* destinado á salón de espera, de descanso, etc.

La sala de espectáculos puede contener más de 3.000 espectadores.

El teatro está dotado de numerosas entradas, y sólo la platea tiene, para 600 personas, cinco salidas, que representan en conjunto una abertura de 14 metros.

Para servicio del público hay dos ascensores con capacidad para ocho personas cada uno, y multitud de escaleras en el interior del teatro. Para la cazuela hay seis, dos de ellas independientes, y para el paraíso cuatro, dos de ellas independientes también.

El escenario tiene cuatro grandes puertas de salida á tres calles.

Techo de la sala de espectáculos

Los amplios pasillos, *foyers*, saloncitos de espera y otras comodidades facilitan en alto grado la circulación del público sin apreturas ni aglomeraciones.

En la elección de los materiales para la construcción del teatro se ha tenido especial cuidado de emplear los incombustibles, como el hierro, el cemento armado y el yeso, habiéndose utilizado la madera únicamente en los suelos y en las puertas. El escenario es todo de hierro y no hay madera más que en el piso.

Para el servicio de incendios están instaladas en dos pequeñas casas subterráneas construídas en el terreno destinado á los jardines dos bombas centrífugas intensificadoras de presión, abundantemente provistas de agua y que funcionan automáticamente movidas por fuerza eléctrica que les suministran dos fábricas distintas. En la parte superior del escenario hay una gran parrilla por donde, en caso de incendio, podrá arrojarse un volumen inmenso de agua á gran presión.

Para la ventilación y calefacción hay varios ventiladores que, recogiendo el aire puro del exterior, lo llevan al interior por conductos adecuados, haciéndolo pasar por cámaras y aparatos de mezcla para que se caliente ó refresque, según la estación.

El escenario tiene 35 metros de largo por otros tantos de ancho y una altura máxima de 44, y ha sido construído según los últimos progresos de la escenografía que permiten montar en él los espectáculos más complicados.

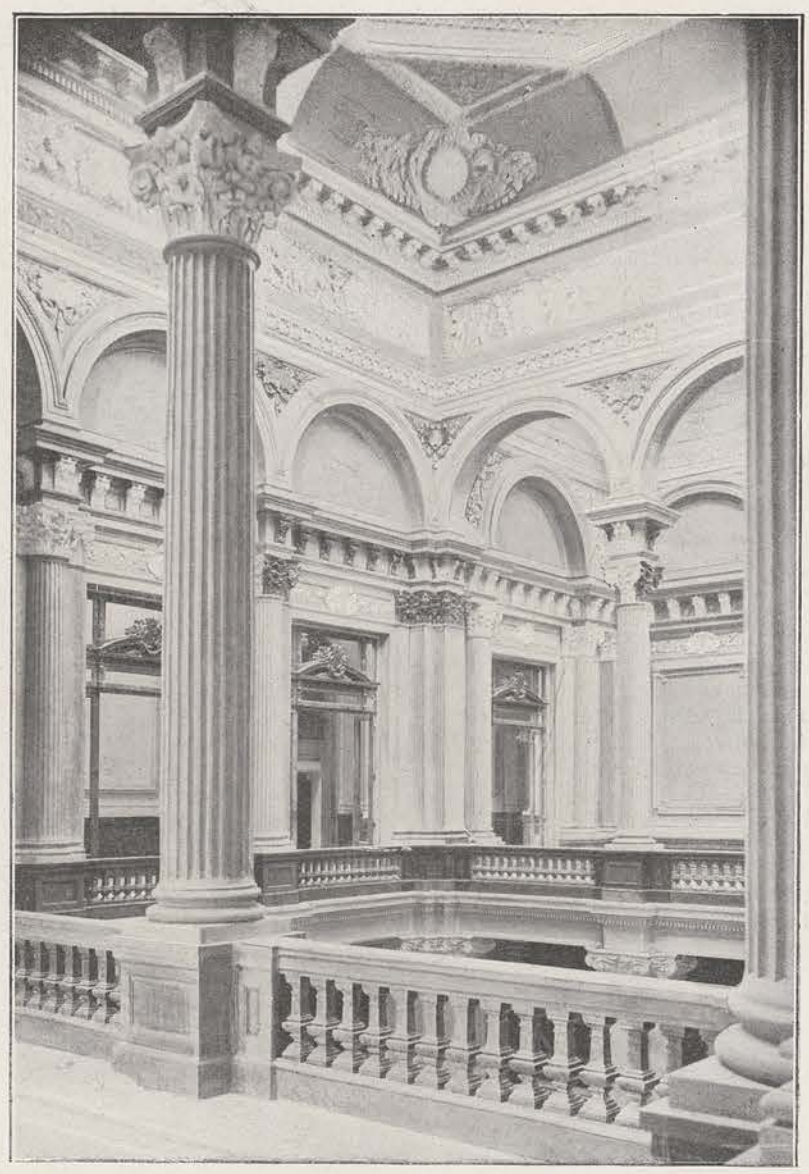
Todas las dependencias del teatro están instaladas con lujo, arte y elegancia, siendo algunas de ellas realmente suntuosas y ostentando las principales obras pictóricas y escultóricas.

El teatro ha sido costeado por el municipio bonaerense y construído según los planos del arquitecto Sr. Meano y bajo la dirección de éste hasta que, habiendo muerto asesinado antes de ver terminada su obra, substituyóle su colega francés Julio Dormal.

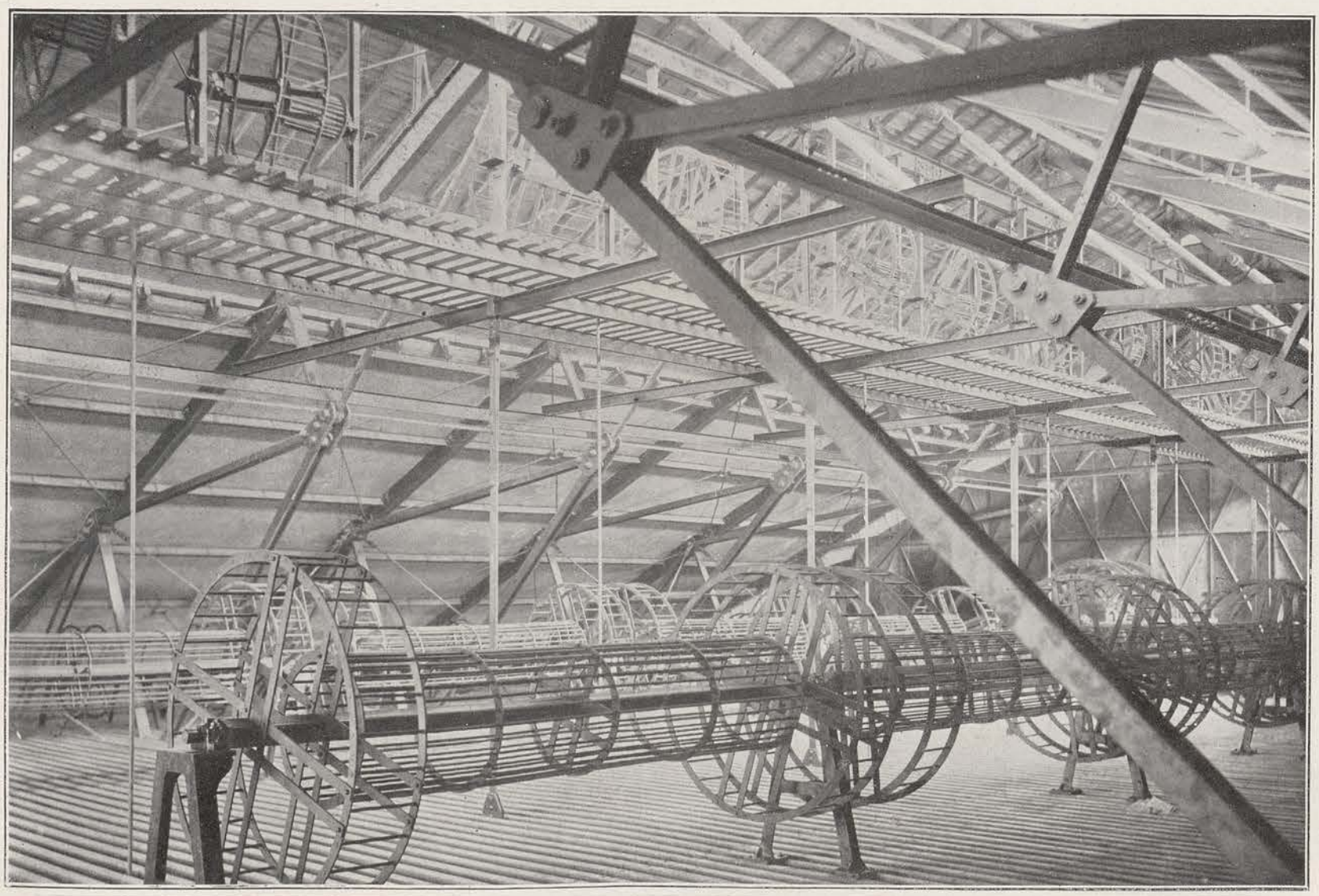
El techo del salón de espectáculos ha sido pintado por el famoso artista parisiense Jambón, llamado para ello á Buenos Aires.—T.

BUENOS AIRES.—EL TEATRO COLÓN RECIENTEMENTE INAUGURADO

Foyer de la platea



Gran Hall de la platea



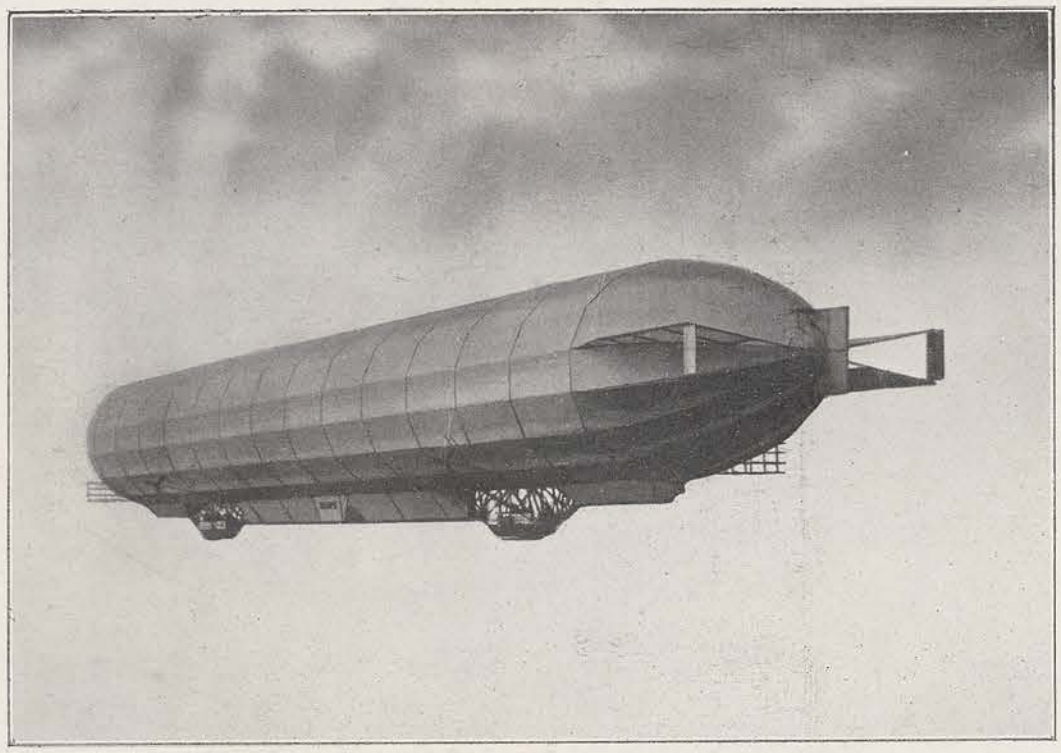
Detalles del palco escénico. Peines y tornos

PÉRDIDA DEL GLOBO ALEMÁN DIRIGIBLE «ZEPPELIN»

El magnífico aeróstato alemán que tantos años de trabajos y sinsabores había costado á su inventor y cuyas pruebas parciales permitían, por sus brillantes resultados, esperar en el triunfo total del dirigible, ha quedado enteramente destruído durante la prueba definitiva, comenzada bajo los mejores auspicios y terminada de una manera trágica.

El *Zeppelin*, llevando á bordo doce personas, entre ellas el inventor, había salido el día 4, á las seis cuarenta y cinco de la mañana, de Friedrichshafen (lago de Constanza), á las 12 y 10 pasaba por encima de Estrasburgo corriendo con una velocidad de 55 kilómetros por hora, y á las 2 y 45 por Mannheim. Tres horas después, una avería del motor obligó á los aeronautas á descender junto al Rhin, entre Laubenheim y Oppenheim; pero á las diez elevábase de nuevo el globo, que una hora más tarde era divisado en Maguncia. A la 1 y 45 de la madrugada del 5 volvía á pasar por Mannheim, de regreso á su punto de partida; á las cuatro atravesaba la frontera wurtemberguesa y á las ocho estaba á la vista de Stuttgart. A las once produjose una nueva avería en la parte mecánica y el globo hubo de bajar en Echterdingen, en donde procedióse inmediatamente á la reparación. En el entretanto, había acudido al lugar del suceso una muchedumbre extraordinaria que no bajaría de 50.000 personas.

A eso del mediodía, levantóse un fuerte viento que no tardó en convertirse en terrible huracán. Treinta soldados, que en vano trataban de sujetar el globo, fueron levantados con éste á una altura de ocho metros, y al fin hubieron de soltar las cuerdas, siendo entonces el dirigible arrastrado por una violenta ráfaga y estrellándose poco después contra un árbol. Desgarróse la envoltura del globo y de repente se oyó una explosión formidable y se vió al mismo tiempo una gran llamarada; un momento después, del magnífico aeróstato sólo quedaba un montón informe de hierros, y junto á él yacían un obrero muerto, otro con ambas piernas rotas y algunos más con heridas de mayor ó menor gravedad.



El dirigible *Zeppelin* en los aires, pocos momentos antes de la catástrofe. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El público que presenció la catástrofe quedó presa del más profundo estupor.

Al producirse aquélla, el conde Zeppelin no estaba allí; se había marchado poco antes para almorzar y poner un telegrama á su hija diciéndole que la prueba de las veinticuatro horas había tenido un éxito maravilloso. Cuando salía de la fonda, un periodista corrió á su encuentro gritando como un loco: «¡El *Zeppelin* está destruído!» El conde subió á un automóvil y se dirigió al sitio del desastre, adonde llegó aún á tiempo para contemplar, abatido y llorando como un niño, el fin de aquella obra á la cual había consagrado toda su vida.

Cuando el fuego lo hubo consumido todo, el conde Zeppelin, aterrado, regresó al hotel entre dos filas de curiosos emocionados que le saludaban respetuosamente y muchos de los cuales tenían los ojos empañados por las lágrimas. La multitud se congregó delante de la fonda, obligándole á salir á una ventana, y uno de los allí presentes le dirigió un conmovedor discurso prometiéndole el concurso de la nación entera.

Toda Alemania ha respondido á esta promesa, hasta el punto de que habiéndose abierto una subscripción nacional en todas las ciudades y aldeas alemanas para la construcción de un nuevo dirigible, se han reunido más de tres millones de marcos.—S.

Restos del dirigible «Zeppelin,» después de la catástrofe. (De fotografía de M. Branger.)

MISS FYZÉE

Desde hace algunos días hállase en París el nabab de Jaujura (Indostán) Sidi Ahmán-Kuhn, acompañado de toda su familia, en la que figura su cuñada, miss Fyzée, joven dotada de gran inteligencia y de gustos y sentimientos en extremo delicados.

Es la primera mujer india que ha abandonado la claustración en que se educan las musulmanas del Indostán, para dedicarse desde la edad de trece años á un estudio profundo de las condiciones de la existencia de la mujer europea.

Convencida de la utilidad de crear en los centros mahometanos indostanos escuelas en donde las mujeres reciban una educación completa que les permita salir del estado de ignorancia casi absoluta en que viven las musulmanas en las Indias inglesas, se ha separado de la regla de conducta que obliga á sus congéneres á permanecer constantemente lejos del contacto con los hombres á fin de poder conocer á los indígenas educados á la europea é introducirse en sus familias.

Puede decirse, pues, que es la primera feminista de su país.

Hace poco ha fundado en Aligauh, no sin tener que vencer para ello grandes dificultades, una escuela de niñas musulmanas análoga á las de niños que de algunos años á esta parte funcionan en aquella ciudad.

El nabab de Jaujura y su familia son los primeros indios musulmanes de su condición que han visitado á París. La capital de Francia les ha impresionado muy favorablemente, y en ella mis Fyzée se ha dedicado á estudiar á la mujer francesa desde el punto de vista de su vida doméstica y de su instrucción.

Miss Fyzée, cuñada del nabab de Jaujura,
primera *feminista* musulmana del Indostán. (De fotografía de F. Hutin.)

EL EMPERADOR DE ALEMANIA

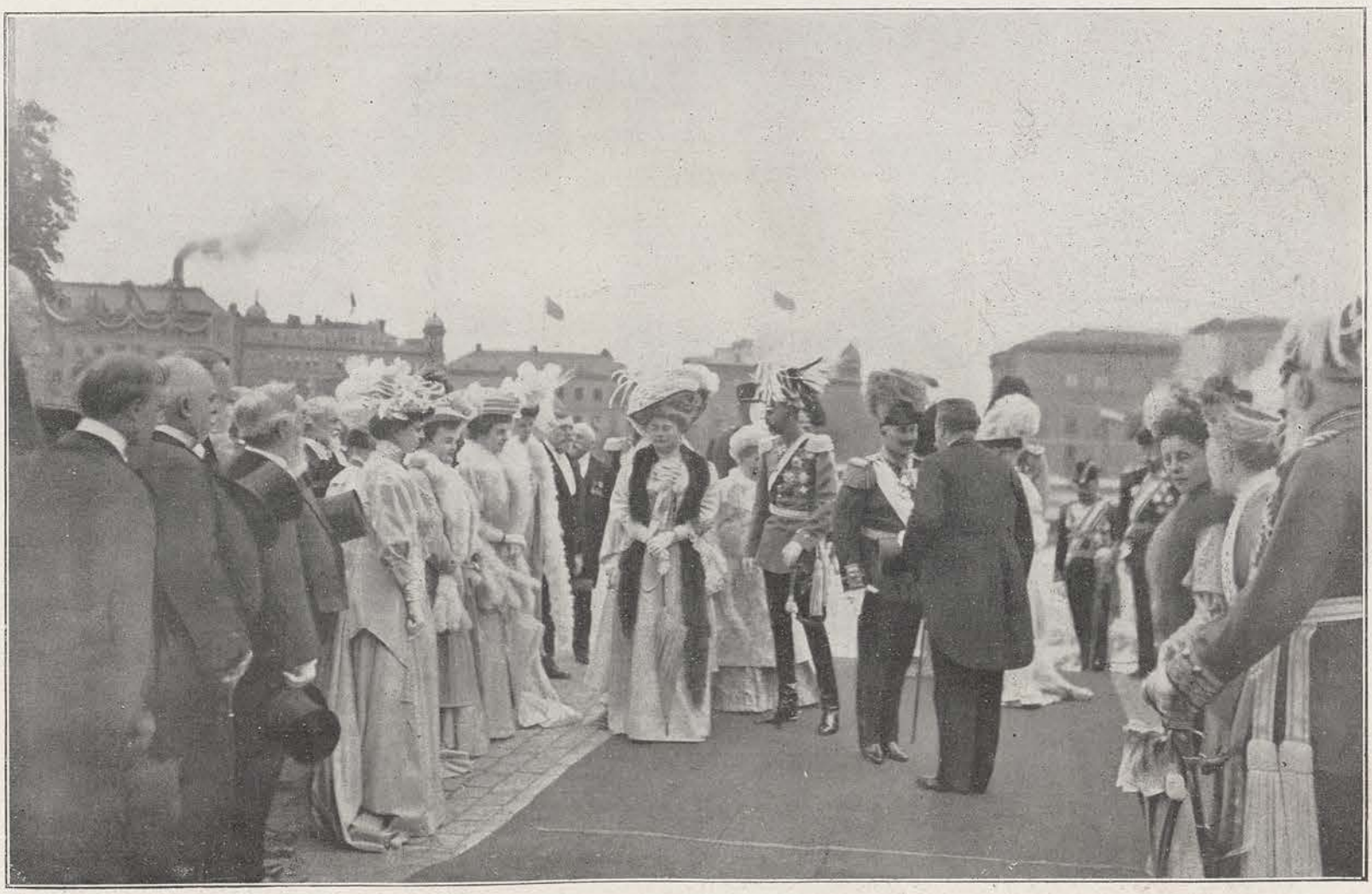
EN ESTOCKOLMO

Guillermo II ha puesto fin á su excursión veraniega por tierras del Norte con una visita al rey de Suecia, visita efectuada pocos días después de la del presidente de la República francesa. Salió el emperador, acompañado de la emperatriz, de la ciudad noruega de Bergen el día 29 de julio último en dirección á Swinemunde, de donde partieron los imperiales esposos el 1.° del corriente á bordo del yate *Hohenzollern*. Dos días después salían á recibirles en aguas de Suecia el rey Gustado V y la reina Victoria, entrando juntos en la rada de Estockolmo, en donde esperaban á los ilustres viajeros todos los miembros de la familia real sueca. A poco de haber desembarcado, el alcalde de Estockolmo saludó al emperador en nombre de la ciudad, y luego se encaminaron los soberanos al palacio real, á cuya entrada recibiéronles el mariscal del reino y los altos dignatarios.

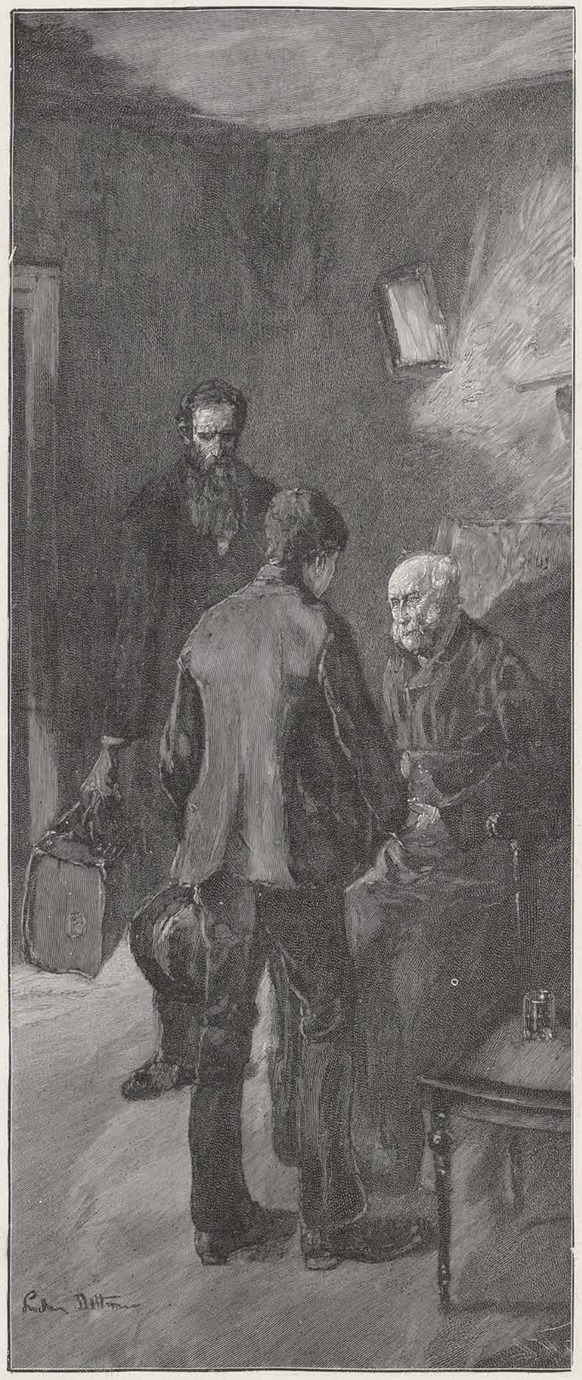
Retiráronse el emperador y la emperatriz á sus habitaciones particulares y por la noche asistieron al banquete de gala dado en su honor. Gustavo V, al brindar, saludó á Sus Majestades y á la nación alemana, unida á Suecia por lazos de amistad y de sangre, recordó el entusiasta recibimiento que se le había hecho en Berlín, afirmó que la visita de Guillermo II contribuirá á estrechar los vínculos existentes entre ambos pueblos, expresó el deseo de que esos vínculos se perpetúen y se desarrollen y bebió á la salud del emperador y de la emperatriz y á la prosperidad del imperio alemán. Guillermo II agradeció los sentimientos manifestados por el rey y el brillante recibimiento que le habían dispensado éste, la reina y la ciudad de Estockolmo, manifestó la satisfacción que le causaba pasar unos días en medio de un pueblo amigo, expresó la esperanza de que las buenas relaciones entre las dos naciones se perpetuarían y de que los dos pueblos, gracias á la paz interior y á la exterior, continuarían manteniendo entre sí relaciones cada vez más estrechas y avanzarían por la vía del progreso, y terminó haciendo votos por la prosperidad de Suecia y brindando por el rey, la reina, la familia real y el pueblo sueco.

Los soberanos alemanes salieron de Estockolmo el día 5.

Aunque se ha dicho que ese viaje del emperador no tenía ningún alcance político, es lo cierto que ha sido muy comentado y que los comentarios se justifican por la circunstancia de haberse realizado la visita, como antes decimos, á raíz de la de M. Fallieres.—R.



Estockolmo.—Visita del emperador de Alemania al rey de Suecia. El alcalde de la ciudad saludando á Guillermo II
En el centro del grabado la emperatriz y Gustavo V. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



EL TRABAJO, copia del celebrado tríptico del pintor alemán Luis Dettman, grabado por J. J. Weber

PARÍS. – LA BODA DE LA SEÑORITA FALLIERES

Las ceremonias civil y religiosa del matrimonio de la hija del presidente de la República francesa con el Sr. Lanes revistieron una sencillez extraordinaria por razón del luto riguroso del novio, que hace pocos meses perdió á su madre. Una y otra se celebraron en la mañana del lunes último, efectuándose la primera en la alcaldía del octavo distrito y la segunda en la iglesia de la Magdalena.

Aunque por el motivo indicado no hubo invitaciones oficiales, el gobierno, el cuerpo diplomático, el gobernador militar de París, el gobernador del Banco de Francia y un gran número de altos funcionarios asistieron á la boda como particulares, deseosos de dar esa nueva muestra de simpatía al jefe de Estado y á los contrayentes.

A las once llegó el cortejo nupcial á la alcaldía, en donde estaban los miembros del gobierno y de las casas civil y militar del presidente con sus familias. El alcalde pronunció un sentido discurso recordando la recepción triunfal que recientemente han dispensado á M. Fallieres las cortes del Norte y haciendo votos por la felicidad de los recién casados. Firmaron éstos, en unión de los testigos, el acta, y la comitiva se dirigió á la Magdalena. Allí esperaban todo el cuerpo diplomático y algunos ministros y generales. Bendijo la unión el párroco de la iglesia y después rezóse una misa, durante la cual la capilla del templo, reforzada por las de las principales parroquias de París, cantó varias composiciones religiosas de Beethoven, César Frank, Durand y Saint-Saens.

Terminada la ceremonia, los novios y sus padres recibieron en la sacristía las felicitaciones de todos los concurrentes.

La Magdalena, lo mismo que la alcaldía, estaban sobria y elegantemente adornadas sólo con flores, crisantemos, rosas y hortensias blancas.

En todo el trayecto del Elíseo á la alcaldía, de ésta á la Magdalena y de allí nuevamente al Elíseo, los novios y el presidente de la República fueron objeto de ovaciones continuadas y entusiásticas por parte de la multitud inmensa que presenciaba el paso del cortejo.

Después de la ceremonia religiosa, los Sres. de Fallieres dieron en el Elíseo un almuerzo, al que asistieron únicamente los novios, los testigos con sus familias y algunos amigos íntimos.

París.—La boda de la hija del presidente de la República con el Sr. Lanes
Los novios á la salida de la Magdalena. (De fotografía de Romani, de Londres.)

LA VUELTA A FRANCIA

EN BICICLETA

El día 13 de julio último, á las tres de la madrugada, salían de la plaza de la Concordia de París 155 ciclistas que tomaban parte en el sexto concurso de la vuelta á Francia en bicicleta. La prueba era realmente extraordinaria, pues se trataba nada menos que de recorrer un circuito de 4.500 kilómetros, dividido en catorce etapas, sin que los que en ella tomaran parte pudiesen cambiar de máquina durante el camino, ni descansar más de un día entre etapa y etapa.

Para que se comprenda la importancia del recorrido, bastará decir que los corredores habían de pasar sucesivamente por Roubaix, Metz, Nancy, Besanzón, Dijón, Ginebra, Lyón, Grenoble, Marsella, Niza, Tolosa, Bayona, Burdeos, Nantes y Amiéns.

La prueba se ha realizado con toda felicidad, y el día 9 de los corrientes llegaron á París los ciclistas, en primer lugar Petit-Bretón, que ha sido el vencedor. La salida de la última etapa fué de Caén, y al llegar á Pont-Audemer (79 kilómetros) el pelotón de cabeza constaba de ocho corredores, número que, en Nantes, quedaba reducido á cinco. Al fin Petit-Bretón y Faber dejaban atrás á sus competidores, llegando á Ville-d'Avray en el mismo orden, separados sólo por dos longitudes. Seguían luego Cornet, Beaugendre, Passerieu, Paulmier, Dubre, Forestier, Fleury, Garrigou y Chauvet.

La clasificación general ha dado los resultados siguientes: 1.° Petit-Bretón, 36 puntos; 2.° Faber, 60 puntos; 3.° Passerieu, 75 puntos; 4.° Garrigou, 91 puntos; 5.° Ganna; 6.° Paulmier; 7.° Fleury; 8.° Cornet; 9.° Godivier, y 10.° Rossignoli.

En esta carrera se ha dado la casualidad de que los once que llegaron primero montaban bicicletas de una misma marca, Peugeot.

El vencedor Petit-Bretón ha realizado un recorrido admirable, ganando cinco de las 14 etapas que constituían el circuito y ocupando en todas las demás uno de los cuatro primeros puestos. A su llegada á la meta fué objeto de una calurosa ovación.

París.—La vuelta á Francia en bicicleta
Llegada á Ville-d'Avray del vencedor Petit-Bretón, seguido de cerca por Faber. (De fotografía de Royer.)

MISCELÁNEA

Espectáculos. – BUENOS AIRES. – En el Teatro Victoria de la capital de la República Argentina ha hecho recientemente una brillante campaña la compañía dramática catalana dirigida por el popular actor D. Jaime Capdevila y compuesta de elementos en su mayor parte tomados de la que funciona ordinariamente en el teatro Romea de Barcelona, y entre los cuales figura en primera línea la eminente actriz señora Jarque. Ha puesto en escena las principales obras del moderno teatro catalán, como *La mare* y *La bona gent*, de Santiago Rusiñol; *La mare eterna*, de Ignacio Iglesias, y *La morta*, de Pompeyo Crehuet, y en todas ellas ha obtenido grandes ovaciones. El teatro estuvo lleno todas las noches de una selecta concurrencia, en la que se veían no sólo los principales elementos de la colonia catalana de aquella gran capital, sino también las más distinguidas familias de la sociedad bonaerense. Los diarios de Buenos Aires han dedicado entusiásticos elogios al Sr. Capdevila y á la señora Jarque, así como á los demás actores y actrices Sres. Caralt, Doménech, Morató, Escalas y Perlá y señoras Socías, Barceló, Periu y Bosch.

Necrología. —Han fallecido:

Jorge Varlosius, notable pintor y dibujante alemán.

Sir Guillermo Randal Cremer, miembro del Parlamento inglés y uno de los principales y más infatigables propagandistas de la idea de la paz; en 1903 había sido honrado con un premio Nobel.

Huno de Uetritz, célebre escultor alemán.

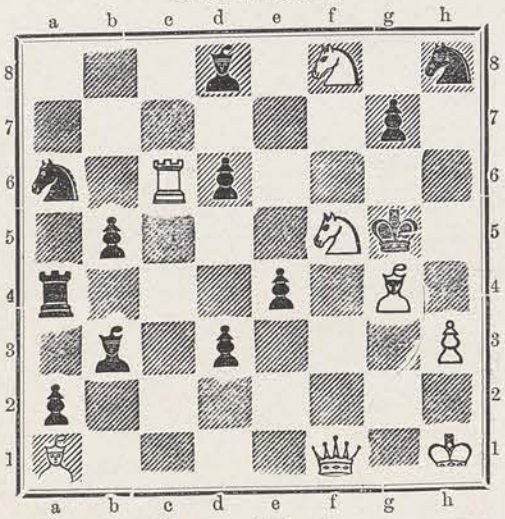
Juan Kvicala, ilustre filólogo bohemio, profesor, desde 1860, de Filología clásica en la Universidad de Praga.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 504, POR V. MARÍN

1.er premio del Concurso de Suiza, 1905.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 503, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. D h8 - c8	1. A f1 - d3
2. D e8 - e5	2. C g4 × e5 ú otra
3. C a4 - b6 ó b2 ó D mate.	
	1. c7 - c5
2. D e8 - c3	2. C g4 × e3 ú otra
3. C a4 - b2 ó b6 ó D mate.	

VARIANTES.

1..... C juega ; 2. C a4 - b2 jaq., etc.
R c4 - d5; 2. D e8 × d7 jaq., etc.
R c4 - d3; 2. D e8 - e4 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. D e8 - e4 jaq., etc.

EL HEREDERO

Novela inglesa original de Sydney C. Grier.—Ilustraciones de G. P. Jacomb-Hood. R. I.

(continuación)

—Veo que ha puesto él su firma. ¡Qué letra tan clara tiene!, dijo con naturalidad. Sí, Sr. Armitage, me parece que no le ha hecho usted justicia. Debe ser muy difícil imitar bien esas plantas. ¿Son unas muy olorosas que se crían en los bosques?

Hablaba con volubilidad, casi sin saber lo que decía, porque Armitage le había puesto en las manos el dibujo al revés, y en esa posición la hojarasca resultaba ser unas letras, perfectamente legibles, que decían:

«Trate usted de buscar la manera de recibirme. ¿Cuándo podré hablarle? ¿Dónde están los Smith? Estoy seguro de que ha habido alguna mala inteligencia. Hace bastante tiempo que estoy tratando de ver á usted por todos los medios posibles, pero me han asegurado que usted se niega á ello. Dígame únicamente dónde están Smith y su hermana y la manera de ir en su ayuda, y no volveré á molestarle más. No tendrá usted tan mal corazón que los deje expuestos á peligros que nadie sabe cuáles pueden ser.—*Jaime Graham Wylie.*»

—¿Cuándo hizo usted este dibujo? Me parece que el capitán Wylie está aquí mucho más delgado que cuando yo le vi la última vez, siguió ella diciendo.

—Hace dos días, señora.

—¿Dos días solamente? Pero no sería aquí; no debe de estar en Therma. He manifestado varias veces que deseaba ver al capitán Wylie para darle las gracias por los buenos servicios que me prestó, y me aseguraron que había regresado ya á la India. ¿Qué significa todo esto?

—Pues vive en mi mismo hotel, señora, y me consta que tiene grandes deseos de hablar con usted.

Y al decir esto dirigió á la señora Ladoguin una mirada en la que se veían mezcladas la perplejidad y la súplica de que le perdonara, y á la que ella contestó:

—Siento mucho tener que decir á usted, señora, que desde que el capitán Wylie volvió á Therma su conducta ha sido tal, que ha merecido la reprobación de todo el que le conoce, hasta del cónsul de su nación inclusive. Todos están conformes en que su cabeza la debe tener muy trastornada. No puedo entrar en detalles, pero es absolutamente imposible que usted le reciba.

—Ya comprendo, dijo Irene frunciendo un poco el entrecejo. Le ruego, Sr. Armitage, que le diga al capitán Wylie de mi parte que no me está bien recibirle.

—A mí no me incumbe, señora, poner en tela de juicio sus determinaciones, dijo el artista; pero creo que si usted me lo permitiera podría explicárselo todo satisfactoriamente.

Irene no hizo movimiento alguno, y entonces él continuó con cierta brusquedad:

—Creo, señora, que mi amigo tendría mucho gusto en ofrecerle personalmente sus respetos, siempre que usted tuviera la bondad de darle las noticias que le ha pedido respecto á los hermanos Smith.

Al oir esto enarcó Irene las cejas.

—Suponía que estaría enterado de que cuando me separé de ellos gozaban de buena salud, dijo.

—Y además de gozar de buena salud, estaban muy contentos, añadió la señora Ladoguin. Más de una vez me ha dicho usted lo contenta que se puso la señorita Smith cuando se despidió usted de ella.

—Sí, dijo Irene con imperceptible sonrisa. Su alegría casi me ofendió un poco, porque yo no quería que se quedara allí, y agoté toda mi elocuencia para persuadirla á que se viniera conmigo á Therma; pero todo fué inútil. Creo que esto es todo cuanto podía decirle, Sr. Armitage. Y ahora, si usted quiere, hablaremos de sus trabajos. Dígame, ¿podría usted encargarse de hacer mi retrato en estos días que permaneceré aquí?

... y muy pronto atracó al costado Armitage en estado de gran excitación

—Señora, para mí sería un honor muy grande tanta distinción.

—En ese caso, vamos á ponernos de acuerdo, principió á decir Irene.

Pero la señora Ladoguin la interrumpió en aquel momento.

—Querida princesa, perdóneme usted; pero ¿qué dirá el doctor Simovies? Ya sabe usted que le ha recomendado mucho que se abstenga de cuanto pueda excitarle los nervios, y usted no sabe lo que se sufre mientras está una inmóvil para que la retraten. Si á usted le parece se lo comunicaremos, pero ya sé lo que opinaría de esto.

—También lo sé yo, dijo Irene incomodada. Esto parece significar que debo renunciar á retratarme. Pero de todos modos, quiero tener un cuadro suyo, añadió volviéndose hacia Armitage. No sé, y cogió algunos de los dibujos, si se atrevería usted á pintar una vista de Hagios Antonios sin más apuntes que la descripción que yo le hiciera. Me gustan mucho los paisajes representando los monasterios de Morea; pero como no he estado en ellos, no me llaman tanto la atención como el de Hagios Antonios.

—Trataré de representarlo, señora, lo mejor que pueda, pero temo que no quede usted muy complacida. Si pudiera usted hacerme un croquis, aunque fuera algo defectuoso...

—Desgraciadamente no sé dibujar. Pero creo que le podría indicar á grandes rasgos á qué se parece. Mire usted, quisiera una vista de la iglesia, pero sé que es inútil que yo trate de bosquejarla; ha de estar tomada desde abajo. Ahora no se vaya usted á reir de mis mamarrachos.

Armitage le dió un lápiz y un pliego de papel en blanco.

—La montaña, comenzó ella á decir, se alza casi en línea recta, así como esto que voy á trazar aquí, y el monasterio está en la parte más alta, casi colgando en algunos sitios. Esto que ve usted aquí es la cuerda y la red en que suben á los que van á visitarlo. Estas cosas que parecen gusanillos, en la superficie de las rocas, son escalas. Los monjes deben tener otras para colocarlas en los tramos que faltan; pero durante el tiempo que estuve allí no vi nunca que las usaran, ni sé tampoco dónde las guardan. Aquí, y casi al mismo borde de la cúspide, están los huertos de los monjes. No crea que voy á dibujar el follaje tan bien como usted lo hace.

Irene seguía escribiendo muy aprisa, y Armitage, colocado á su espalda, leyó lo siguiente:

«Están ahí. Z. en las celdas reservadas para los peregrinos. M. en un calabozo subterráneo. Los monjes están divididos en dos partidos, griego y tracio. El Hegoumenos y los griegos son nuestros amigos, pero son tímidos; los tracios están á las órdenes de Escitia. Los griegos obedecerían el mandato terminante del patriarca ecuménico de libertar á los prisioneros. Vaya dispuesto á sobornar con largueza á los tracios, á amenazarlos y hasta á emplear la fuerza. Guarde mucho secreto, no vayan á llevarse á los prisioneros á otra parte.»

—¿Supongo, señora, que eso será un bosque que cuelga, como el monasterio, de las rocas?, preguntó Armitage.

Irene se echó á reir con toda su alma.

—No, señor; no son más que malezas y zarzas; en algunas partes hierbas.

—Dispénseme usted, señora, entonces me parece que de este modo quedaría mejor.

Y cogiendo el lápiz escribió:

«¿Corre usted peligro? ¿Quiere que antes la pongamos en salvo?»

—Me parece que le voy á pedir á usted que me dé algunas lecciones de dibujo. ¿Estaría bien así?, añadió cogiendo á su vez el lápiz y escribiendo: «No pueden ustedes hacer nada por mí. Me llevarán de nuevo á Escitia. Diga usted que siento mucho que no pueda pintar mi retrato.»

—Si me permite usted, señora, que le haga una pequeña observación, le diré que los arbustos no suelen tener las ramas en esa forma, dijo Armitage con sequedad.

Y volviendo á tomar el lápiz, lo pasó ligeramente por el escrito de Irene, convirtiéndolo en un momento en espeso follaje.

—Nada; deseo ahora más que nunca que me dé usted algunas lecciones de dibujo, dijo Irene contemplando con admiración el dibujo.

Y volviéndose á la señora de casa le dijo:

—Clariclea, no vaya usted á decirme también que se opondrá el médico.

La señora Ladoguin, que se proponía, como es natural, ahorrarse las molestias de la extremada vigilancia que indefectiblemente tendría que ejercer en caso de que el pintor reanudara sus visitas, le respondió en tono de lamentación:

—Desgraciadamente el doctor no quiere de nin-

gún modo que se fatigue usted la inteligencia, las manos, ni la vista.

—Si tuviera el honor de retratarla, señora, me arreglaría de modo que no estuviera usted incómoda, porque una vez elegida la posición conveniente, podría usted moverse con toda libertad.

—Ya sabía yo que no sería tan fatigoso, dijo Irene con satisfacción. ¿Lo oye usted, Clariclea?

—Siento muchísimo tener que hacer las veces del doctor, y tener también que cargar con la odiosidad de hacer cumplir lo que dispone, exclamó afligida la señora Ladoguin. Repito lo que dije antes, señora; mejor será que le consultemos, y así quedaré yo más tranquila.

—Pero si ya sé yo lo que significa todo eso, respondió Irene haciendo un gesto de desagrado. Una princesa que cae en desgracia es una verdadera infeliz, Sr. Armitage.

—Lo deploro muchísimo, señora, contestó el artista en un tono tan lastimoso, que la señora Ladoguin le suplicó con la vista que no continuara hablando de aquella manera.

Pero él no se dió por entendido y añadió á continuación:

—¡La recomendación de la princesa me había hecho concebir tantas ilusiones!

—Cuando la vea usted dígale que no ha sido culpa mía, dijo Irene, mientras escribía muy aprisa: «Las rocas son de color gris, los muros blancos, el tejado de tejas rojizas, los matorrales de un verde pardusco, el cielo muy azul.» Sobre cada cosa, dijo, he anotado su color para que usted lo recuerde mejor. ¿Qué le parece á usted esto, Clariclea?

La señora Ladoguin se quedó un momento examinando aquella obra de arte con cierto aire de desdén.

—Si quiere usted que le sea franca, señora, le diré que á mí me cuesta trabajo encontrar el parecido que tiene este dibujo con Hagios Antonios.

—En ese caso corríjalo usted, Sr. Armitage, dijo Irene poniéndose en pie. En vez de enderezar mis entuertos, enderece los del monasterio.

XX

SOBORNO É INMORALIDAD

—Bien; pues ahora que ya sabe usted lo que deseaba saber, dijo Armitage cuando terminó de referir á Wylie lo que había pasado en su conferencia con Irene, ¿qué piensa usted hacer?

—En cuanto á eso no hay la menor duda. Hay que ir lo más pronto posible á Czarigrad á ganarnos al patriarca. Creo que Panagiotis debe marchar también; pues es el único de nosotros que tiene influencia con aquellas gentes, yo le acompañaré para animarle cuando vea que principia á ceder.

—Supongo que no se dirá una palabra á nadie del verdadero objeto del viaje.

—¿Pero por quién me toma usted, hombre de Dios? Vamos á Czarigrad á poner en movimiento á la embajada, cosa que todos verán como lo más natural del mundo.

—¿Y qué cometido me toca á mí en el programa?

—Mi opinión es que se quede usted aquí para no perder de vista á la princesa Irene. Tal vez pueda darnos todavía algunos pormenores. ¿Cree usted que podemos fiarnos de ella?

—Desde luego que podemos fiarnos, y hasta me atrevería á decir que desea ayudarnos en todo lo que pueda. Muy bien; pues en ese caso estaré alerta. Pero ¿cómo me las voy á arreglar teniendo al mismo tiempo que hacer mis preparativos sin ostentación para ir á Hagios Antonios, á fin de pintar unas vistas, para la devota y ortodoxa princesa imperial Irene Theophanis? Me ha encargado que le saque una vista del exterior, y me dijo que le agradaría también tener otra de la iglesia. Probablemente me facilitarán un pasaporte en toda regla, cuando sepan con seguridad que está usted ya en Czarigrad, pues no sería conveniente impedir que los europeos fueran á Hagios Antonios, porque las gentes sospecharían que algo anormal pasaba allí. Sir Frank me apoyará también cuando se vea libre de usted. Después procure que pierdan su pista en Czarigrad; y á mí me parece que lo mejor será que vuelva usted por mar, y así podemos reunirnos sin que tenga usted que venir á Therma. Existe un pequeño puerto llamado Myriaki, donde podemos citarnos con toda seguridad, y, en último caso, dejaría á uno de mis criados y usted iría en su lugar.

—Veo que ha debido usted pensar mucho durante el camino desde el consulado escita hasta aquí, dijo Wylie con sequedad.

—¡Ah! No puede usted figurarse lo fecundo que es mi cerebro cuando quiere. Me he propuesto ver el fin de esta aventura. Y á propósito, ¿cómo andamos de dinero?

—El profesor ha cobrado hace poco otro trimestre y está de muy buen humor.

—Todo marcha perfectamente por lo que toca á Czarigrad, pero en Hagios Antonios tal vez tengamos que pujar más alto que el agente escita. Yo puedo buscar hasta mil libras. ¿Las busco?

—Me parece que no vendrían mal, dijo Wylie de mala gana. Me disuena oirle á usted hablar en plural, añadió un poco pesaroso de haber estado tan indiferente. Creo que he dejado que usted tomara en este asunto una parte mucho mayor de la que le correspondía, si se tiene en cuenta que nada tiene usted que ver con los Smith.

—Está bien; pero respecto á eso tampoco creo que tengan nada que ver con usted, ¿no es verdad? Lo que les ha unido ha sido únicamente la casualidad de haberse encontrado. Cierto es que han pasado ustedes juntos diversas vicisitudes; pero supongo que me estará permitido hacer lo que pueda en favor de una señora inglesa que se halla en una situación crítica, á pesar de que no haya tenido antes el honor de haberle sido presentado.

—Tiene usted mucha razón. Me va usted á tomar sin duda por un ente rústico y arisco. Me felicito de que me haya usted hecho volver de mi acuerdo, y estoy por decir que hubiera sido capaz hasta de desear que no se vieran en libertad los Smith si no era á mí á quien se lo debieran en primer término.

—Usted será quien se la dé si de mí depende, dijo Armitage con toda sinceridad. Después de tanto como ha hecho usted, sería una injusticia que le privaran de esa satisfacción. Tenga usted presente que estoy á sus órdenes ahora y siempre. Aquí lo iré disponiendo todo, mientras usted en Czarigrad lleva á cabo su parte de la empresa; luego nos reuniremos y daremos juntos el golpe de gracia.

Wylie no titubeó en dar á todo su asentimiento; pero durante los primeros ocho ó quince días siguientes, no pudo menos de pensar que Armitage se había á todas luces reservado para sí la tarea más hacedera. Unicamente teniendo una voluntad de hierro hubiera podido arrastrar, como arrastró, al profesor hasta Czarigrad y mantenerlo allí después de haber llegado, pues su resistencia á presentarse al patriarca era tanta, que Wylie comenzó á sospechar si serían ciertos los rumores que había oído respecto á estarse organizando en secreto, en Ematia, partidas griegas que el profesor pensaba utilizar para poner en libertad á Mauricio á viva fuerza, obligándole de ese modo á abrazar su causa y á las partidas la de Mauricio. Pero como el profesor no se dignaba comunicarle sus planes, lo único que podía hacer Wylie era llevar adelante los suyos, cuya ejecución no facilitaban los pocos deseos que el patriarca y los que le rodeaban demostraban de desempeñar el cometido que les había asignado. No cabía duda de que los agentes de Escitia habían de antemano conferenciado con el patriarca, porque se necesitaron algunos días de fatigosa insistencia y negarse á dejar el puesto repetidas veces antes de que Wylie pudiese echarle la vista encima á ninguno de sus familiares. Cuando lo consiguió, ya el profesor Panagiotis, al parecer, se había decidido á trabajar con Wylie de buena fe, y juntos fueron al palacio del patriarca, donde los recibió una especie de prelado doméstico ó secretario particular eclesiástico, monje de alto bonete y fisonomía inteligente y perspicaz. Después de oir su pretensión, el secretario se dirigió al profesor, considerándolo, sin duda, como el de más autoridad de los dos, en los siguientes términos:

—Si ustedes supieran el estado en que se encuentra la comunidad de Hagios Antonios, comprenderían que lo que piden es imposible. Desde que, por desgracia, admitieron en ella por primera vez monjes tracios, bajo la condición de que su número no habría de pasar nunca de la cuarta parte del total, los intrusos han tratado constantemente de dominar en el monasterio. Nominalmente esa condición subsiste, pero en realidad la mitad son tracios, y de aquí uno ó dos años anularán por completo al elemento griego. Hasta ahora la comunidad permanece fiel al patriarcado, pero es porque el Hegoumenos y otros que desempeñan los primeros cargos son griegos; mas si por cualquier motivo ocurriera una colisión entre los dos partidos, es casi cierto que se quedarían aquéllos en minoría. Nuestro constante afán es evitar que ocurra esa colisión. ¿Cómo quieren ustedes, pues, que nosotros, en obsequio de una pareja desconocida de turistas ingleses, nos expongamos á perder una posición avanzada tan importante como esa?

—¿Es decir, que ustedes cerrarían los ojos ante un asesinato, con tal de que no se perdiera el monasterio?, preguntó Wylie.

—¿Por qué no se dirigen á su embajador?, díjoles el monje encogiéndose de hombros.

—Porque sabemos que antes de que se pudiera, accediendo á nuestra demanda, ejecutar la orden de libertad, los prisioneros serían trasladados á otra parte, ó los entregarían á una de las partidas de bandidos para que los asesinaran.

—Nos hallamos, pues, en el mismo caso, dijo sonriéndose el secretario. No hacen ustedes todo lo que pudieran por temor á las consecuencias; exactamente como nosotros. No creo que sus amigos estén en inminente peligro. ¿Por qué, pues, se toman tanto empeño?

Wylie se puso en pie, colérico, pero Panagiotis le tiró de la manga y dijo:

—No hemos tenido en cuenta que los prisioneros no son unos turistas ingleses cualquiera, sino los herederos del bienaventurado Juan Theophanis.

—Eso no pasa de ser un hecho curioso, dijo el secretario con impasible semblante. Viviendo como vivimos bajo el gobierno tolerante é ilustrado del Gran Señor, los recuerdos de la especie del que usted evoca no nos interesan nada.

—En caso de ocurrir ciertas eventualidades, podría ser un inconveniente para el patriarcado el que el heredero de Juan Theophanis tuviera motivos justos de resentimiento con él, continuó diciendo el profesor.

—No tenemos para qué discutir eventualidades posibles, sino permanecer fieles y leales en la actualidad.

Esta contestación puso á Wylie fuera de sí, pero el profesor conservó toda su calma.

—Está muy bien, dijo; hablemos sólo del presente. La otra única descendiente está en poder de los escitas, que se han comprometido á sostener el exarcado cismático. ¿Importa ó no que haya otro descendiente más directo, que esté unido por lazos de gratitud y afecto al patriarcado, y dispuesto á salir á la palestra siempre que Escitia dé señales de querer hacer valer los derechos de su protegida?

—Eso ya es otra cosa, dijo el secretario complacido. ¿Responden ustedes de la completa ortodoxia de ese joven?

—Yo mismo le he instruído en ella, y lo que ha sufrido en poder de los cismáticos no creo que sea motivo que le obligue á adoptar su causa. Si el patriarca interviene para que lo pongan en libertad, quedará ligado á él por lazos indisolubles.

—La idea es buena, pero se presentan dificultades para realizarla. Si les damos á ustedes la orden para que pongan en libertad á los prisioneros, sería probable que los hicieran desaparecer; estamos rodeados de espías y seguramente perderíamos el monasterio. Habrá que darla sin nombrar á nadie; pero aun así, usted, señor profesor, es demasiado conocido y me han advertido que esté en guardia contra el caballero inglés que le acompaña, á quien, por lo tanto, han de tener muy vigilado. Han de buscar ustedes una persona de confianza á quien pueda entregarse la carta del patriarca, y que sea un representante suyo que se encargue de todo.

—Extiéndase á nombre de Haroldo Armitage, un pintor inglés que tiene el encargo de pintar unas vistas de dicho monasterio para la princesa Irene Theophanis, dijo Wylie.

—¿La misma cuyas pretensiones Escitia favorece? Caballero, da usted muestras de mucho ingenio utilizando los piadosos deseos de la princesa para su propia ruina. Corriente, se escribirá la carta y deseamos que el Sr. Armitage encuentre toda clase de facilidades para realizar su obra de misericordia. Lo demás es cuenta de ustedes.

Los despidió haciendo una reverencia, y en cuanto hubieron traspasado el umbral de la puerta, Wylie manifestó con sinceridad la opinión que había formado del allegado al patriarca. El profesor se sonrió sarcásticamente.

—Cuando estalló la insurrección de la Morea, dijo, al patriarca de entonces lo ahorcaron á la puerta de su misma iglesia; hoy en día no todos estamos dispuestos á ser mártires.

Wylie nada replicó, pues bien veía que, en concepto del profesor, lo que había dicho era una explicación más que suficiente; pero no pudo menos de hacerse estas preguntas: «¿Hasta dónde creerán que van á llegar el afecto y la gratitud de Mauricio para con el patriarcado? ¿No habremos prometido demasiado en su nombre?»

Al día siguiente llegó la carta del patriarca, cuya elaboración aceleró una acertada distribución de dádivas entre las personas que en ello habían de intervenir; Wylie estaba, pues, en situación de poder llevar adelante sus planes.

El profesor debía quedarse algunos días más en Czarigrad para seguir continuamente visitando la

embajada inglesa y aparentando tener gran empeño en que por su medio fueran puestos en libertad los prisioneros; entretanto Wylie se hacía á la vela para Myriaki en un barquichuelo que había fletado el profesor con ese exclusivo objeto. Wylie sospechó que no era aquella la vez primera que aquel barco se empleaba en viajes secretos, tan al corriente parecía estar el capitán de los buques y de las aduanas que era conveniente dejar á un lado. Cuando llegaron á dar vista á Myriaki, Wylie, puesto en la proa, alzó y bajó una luz tres veces. Contestaron desde tierra á la señal y muy pronto atracó al costado Armitage en estado de gran excitación.

—Todo marcha perfectamente, dijo. Usted pasará por ser mi *cavass* Espiridión Ystriotes, de quien he traído un traje completo para que se lo ponga. El verdadero Espiridión queda recluído en el hogar paterno, cobrando por completo su salario hasta que yo le avise. Me parece que debe usted cambiar de ropa antes de saltar á tierra. ¿No lo cree usted así? Su camarote es lo bastante grande para que pueda hacerlo con comodidad, aunque seguramente los dos no podríamos estar á la vez en él.

—¿Qué hay del pasaporte?, preguntó Wylie mientras rápidamente cambiaba de traje, en un angosto hueco, bajo el castillo de proa, y Armitage le aguardaba afuera, apoyado en el propao.

—¡Oh! Ha sido lo más gracioso que pueda usted figurarse. El que me han dado, lo mismo puede servirle á usted que á su amigo Smith, que á cualquier otro mortal y que á mí. Supongo que tienen una fórmula invariable para afiliar á todo inglés, con arreglo al tipo convencional; alto, cabello rubio, ojos azules, *et sic de cæteris*, así es que no hacen sino copiarla. Creo que es á usted á quien mejor le cuadra; en los ojos, por lo menos, están acertados. ¿De qué color los tiene Smith?

—No lo sé, supongo que serán como todos, murmuró entre dientes Wylie, á quien no le agradaba que tocaran ese extremo.

—Bueno; de todos modos, nunca podrán esas señas venirle tan mal como á mí, así es que todos podremos servirnos de ese mismo pasaporte, siempre que sobornemos á los polizontes, para que miren á otra parte, mientras nos lo vamos pasando de mano en mano. Pero como usted representa á Espiridión, no lo necesita. ¿Está usted listo? Yo he venido bogando solo, lo que no les hizo ninguna gracia á la gente de mar que había en el muelle, porque tengo que decirle algo que no quiero que lo oiga nadie.

Trasladaron al bote los efectos de Wylie y se despidió éste del capitán del barco, con quien convino en que, durante los quince primeros días, cruzaría sobre la costa, sin alejarse de Myriaki. Ya en el bote, cogió Wylie los remos y Armitage desatracó del barco, y cuando estaban á medio camino de la costa, este último sacó un paquete pequeño, pero pesado, metido en un saco de piel de gamuza.

—Métase esto en el bolsillo más sano y escondido que tenga el traje de Espiridión, dijo. Ahí van doscientas cincuenta libras esterlinas en oro inglés, yo llevo sobre mí otras tantas. Casi no he dormido desde que salí de Therma. El resto de mi dinero está en billetes y monedas de varias formas y especies, privativas de esta deliciosa península, y encerrado en una pesada caja de caudales que he acostumbrado á todos mis criados á mirar con el más profundo respeto. Pero he creído conveniente traer un repuesto oculto en moneda corriente, y mucho me alegro de poder compartir con usted la responsabilidad y el peso.

—¡Muchas gracias amigo!, dijo Wylie, guardando el saco en el seno y sujetándolo con el cinto cuando llegaron al muelle.

Allí vivía Armitage, en una sucia posada griega que había elegido como lugar á propósito para estar á la mira de la llegada del barco. Había hecho correr la voz de que aguardaba á un enviado especial que traía una carta del patriarca, para facilitarle el cumplimiento de la misión que le llevaba á Hagios Antonios; así que á Wylie lo miraron con respeto los griegos del puerto, cuando echó á andar delante de Armitage, abriéndole paso en igual forma que lo hubiera hecho el ausente Espiridión. Unas cuantas personas notables del pueblo fueron á verles después de la cena, deseosos de tener el honor de contemplar por fuera la carta del patriarca; á uno ó dos de los más principales se les hizo la suprema distinción de dejar que la besaran. A la mañana siguiente, escoltaron á la carta y á sus portadores hasta cierto sitio del camino, y allí se despidieron, disparando en señal de alegría repetidas veces los fusiles.

Armitage no había dejado de tomar todas aquellas precauciones que pudieran asegurar el buen término de su viaje y que le habían aconsejado, con muy buen juicio, sus muchos mentores de Therma. Los cuatro individuos á quienes llamaba sus criados, eran en realidad una escolta de ilirios mahometanos, armados hasta los dientes y fieles hasta morir en el cumplimiento del compromiso contraído, pero que una vez terminada su misión, sin escrúpulo serían capaces de asesinar á los mismos á quienes acababan de servir, siempre que otros se lo pagaran bien. Su presencia era causa de que los recibieran amistosamente los rumíes con quienes tropezaban; y lo propio sucedía cuando se encontraban con los dueños de hecho del país, gracias á una carta dirigida al jefe principal de las partidas de bandidos que merodeaban en aquella comarca, llamado Fido. Aquella carta era una especie de salvoconducto que, mediante una retribución, habían obtenido del representante que Fido tenía acreditado en Therma. Armitage no se había atrevido á hacer ningún preparativo que pudiera dejar traslucir su intento de libertar á los prisioneros; pero confiaba en que para cuando llegaran á Hagios Antonios las provisiones habrían disminuído lo bastante para que una mula quedase libre y pudiera en ella hacer Zoe el viaje de regreso. En cambio, había hecho gran acopio de jabón de olor, pañuelos y otras frioleras, ostensiblemente para su uso particular.

Nada de notable ocurrió en el viaje, puesto que incidentes tan corrientes como el de verse la cabalgata con frecuencia detenida por partidas de hombres armados, no tenían importancia, ya que al presentar, según los casos, la carta del patriarca ó el salvoconducto del bandido ó el pasaporte rumi, los dejaban seguir su camino. Una de las precauciones de Armitage fué la de llevarse consigo una buena provisión de azúcar y otras golosinas, pues la mala voluntad del bandolero más feroz ó del comisario de policía más intratable, nunca se resistió á un regalo de esa especie. La llegada á Hagios Antonios fué el término de aquella marcha triunfal. Armitage y Wylie divisaron en las alturas el monasterio asentado sobre su pilar de rocas, y se preguntaron si el resto de la empresa resultaría tan fácil como hasta allí.

Los disparos de las carabinas de la escolta hicieron, como de costumbre, que los monjes se asomaran á su atalaya. Cambiáronse entre éstos y aquéllos preguntas y respuestas hechas á voz en grito, y cuando los monjes se enteraron de que un lord inglés traía una carta del patriarca ecuménico, sintieron gran alborozo y sin dilación bajaron la red. Wylie subió en ella por temor de que si iba primero Armitage no le dejasen luego entrar, y una vez arriba, mientras aguardaba á que su amigo subiera, dirigió una mirada escrutadora al torreón y al cabrestante. Cuando hubo subido Armitage con toda felicidad, aunque algo pálido y conturbado, los llevaron primeramente á la iglesia, donde los monjes, después de hacer una reverencia á los santos, entonaron con mucha rapidez unas oraciones muy cortas, que lo mismo podían ser para dar la bienvenida á sus huéspedes, que en acción de gracias por su feliz arribo, aunque Wylie supuso que sería esto último. Ya se hallaba otra vez á pocos pasos de distancia de sus amigos, después de larga separación.

El anciano Hegoumenos, que había enviado á un monje para que le disculpase por no haber asistido en seguida á recibir á los viajeros, les estaba aguardando en el salón de recibo, rodeado de toda la comunidad. Armitage entregó la carta del patriarca, que el Hegoumenos besó y llevó luego á la frente, dándola después al padre Atanasio para que la leyera. En ella se notificaba á la comunidad la piadosa misión de pintar algunas vistas del monasterio para la ilustre princesa que hacía poco se había hospedado en él, y se hacían grandes alabanzas del artista. Después de haber pasado la carta de mano en mano, para que todos la besasen, se retiraron los monjes. El último y, al parecer, el más reacio en salir de la sala fué uno de barba blanca y de aspecto severo que había estado examinando detenidamente á Wylie. Cuando se hubo ido otro monje joven y, al parecer, algo simple, entró furtivamente á mirar al forastero y dijo algo á su compañero que se había quedado fuera. Todo esto pareció que contrariaba al padre Atanasio; pero sin embargo, también clavó la vista en Wylie.

—¿Qué dicen?, le preguntó Armitage.

—¡Ah! Nuestros hermanos, los más jóvenes, no tienen juicio, son unos niños que no están acostumbrados á ver extranjeros; corre entre ellos un dicho, una tontina, dijo el monje, turbado, y no están acostumbrados á ver con frecuencia personas parecidas al *cavass* del lord inglés.

—¿Pero cual es ese dicho? ¿Hace mucho tiempo que corre?

—No, no mucho, á la verdad, sólo hará unas semanas. El señor escita, que vino para acompañar á la princesa hasta Therma, dijo á uno de nuestros hermanos que tuviera mucho cuidado con cierto individuo de ojos azules; y ya creen saber á quién aludía: pero eso no pasa de ser una necedad. El señor Hegoumenos desea saber en qué otra cosa podrá servirle, puesto que en la santa carta del patriarca universal se le ordena que no sólo le complazca en su piadoso cometido, sino también en cualquier otra cosa que le pidiera en reserva.

Pero cuando Armitage pidió que pusieran en libertad á los prisioneros ingleses, el padre Atanasio y el Hegoumenos se miraron uno á otro indecisos, asustados y temerosos. Luego comenzaron á explicarle en voz baja que si de ellos hubiera dependido, no habrían sido detenidos los prisioneros; pero que el Sr. Kirileff así lo había dispuesto, de acuerdo con el padre Demetrio, tesorero del monasterio y el único tracio que desempeñaba cargo en él. Los dos superiores tuvieron que reconocer, bien á su pesar, que el padre Demetrio era un tesorero digno de admiración, pues parecía que convertía en oro cuanto tocaba; nunca las rentas del monasterio habían dado tanto de sí. Gracias á él se estaba decorando de nuevo la iglesia, pintándose los frescos é imágenes del mismo modo y con los mismos colores exactamente que tenían antes; en vista de lo cual hasta los monjes griegos le sostendrían en su cargo, aunque fuera contra viento y marea. Comprendieron fácilmente los que esto oían cuál era la causa de haber el partido tracio ganado tanto ascendiente en el monasterio; pero no se atrevieron á decir á los dos ancianos, aunque fuera empleando muchos miramientos, que lo que estaban haciendo era vender su nacionalidad al oro escita.

—El padre Demetrio debe haber exprimido bastante al Sr. Kirileff para haberle complacido en semejante asunto, dijo Armitage á Wylie. Démosle todavía más que él. ¿Hizo ese viajero escita alguna donación al monasterio?, preguntó al padre Atanasio.

—Ofreció una cuantiosa suma valiéndose del padre Demetrio, unas cuatrocientas libras esterlinas. Todos los hermanos se alegraron mucho, pues con eso se podrá restaurar el iconostasio y terminar la renovación del templo.

—Ha sido para nosotros una gran suerte, dijo Wylie, que por prudencia ó por no tener el dinero á mano, el ofrecimiento no haya pasado hasta ahora de promesa. Ofrézcale quinientas y que entreguen de una vez los prisioneros.

Pero eso era andar demasiado aprisa. Había que tratar el asunto reunida en capítulo toda la comunidad, según manifestó el padre Atanasio, para deliberar sobre si convendrían más quinientas libras seguras que cuatrocientas probables. Wylie entonces propuso que en vez de hacer entrega de los prisioneros, se limitaran á no cerrar las puertas de sus calabozos, á suprimir los vigilantes y á colocar todas las escalas en los precipicios de las rocas, de modo que pudiesen utilizarse. No pidió que les dejaran servirse del cabrestante, pues siempre que se ponía en movimiento se enteraba de ello toda la comunidad. Esta indicación, al parecer, hizo que disminuyera en gran parte el temor de los dos ancianos, y el Hegoumenos manifestó muy contento que al día siguiente convocaría á capítulo á los monjes para tratar de la generosa oferta del lord inglés.

—¿No podría usted indicarnos dónde están los prisioneros?, preguntó Wylie al padre Atanasio al detenerse en el patio después de salir del salón de recibo, mientras Armitage hacía rápidamente un croquis de uno de los ángulos de la iglesia.

El anciano monje, en vista de la insistencia del fingido *cavass* en explorar sin previa autorización diferentes patios y aposentos, comenzó á sospechar si sería acertado el consejo del Sr. Kirileff, y respondió con alguna aspereza:

—El alojamiento de los huéspedes del monasterio es cosa que no le importa á usted.

—Por lo menos dígame qué tal están, dijo en tono de súplica Wylie.

—Los dos gozan de buena salud, respondió el padre Atanasio con más dulzura. Yo mismo he permitido al joven que se paseara por el patio en horas en que el padre Demetrio lo creía muy bien encerrado en su celda, tal era el ahinco con que me rogaba que le dejara respirar el aire libre; otras veces he tenido con él largos ratos de conversación. La joven está al cuidado de una anciana beata, que está muy edificada viéndola constantemente en meditación; de tal modo, que si fuera ortodoxa creería que tenía apariciones místicas. Una cosa preocupaba mucho á nuestra hermana, y era que su prisionera trazaba con un clavo en los muros signos misteriosos que muy bien pudieran ser reprobables sortilegios, y tanto la traían desasosegada, que un día de fiesta, no recuerdo si fué Hagia Friada ó Hagia Joanis, permití también á la joven que se paseara por el jardín y examiné por mí mismo aquellos signos.

(Se continuará.)

LA ESCUADRA INGLESA EN BARCELONA. (Fotografías de A. Merletti.)

En las primeras horas de la tarde del lunes último llegó á este puerto la división de la escuadra inglesa del Mediterráneo, que manda el almirante Drury y de la que es vicealmirante el príncipe Luis de Battenberg, tío de la reina de España. Cambiados los saludos de ordenanza, anclaron dentro del puerto el buque almirante, acorazado *Queen*, el acorazado *Prince of Wales* y el crucero *Bacchante*, habiéndose quedado fuera de aquél los acorazados *Glory* y *Goliath* y los cruceros *Suffolk* y *Lancaster*.

Inmediatamente pasaron á bordo del *Queen* el comandante de Marina y el vicecónsul de Inglaterra, cónsul interino Mr. Witry, con objeto de saludar al almirante. Ni éste ni el príncipe de Battenberg desembarcaron aquella tarde.

A la mañana siguiente, el almirante Drury hizo las visitas oficiales al gobernador civil, al alcalde, al capitán general y al comandante de Marina. En el Ayuntamiento fueron los visitantes recibidos solemnemente por el alcalde accidental Sr. Bastardas, varios concejales y altos empleados, y después de las presentaciones y discursos de rúbrica, recorrieron las principales dependencias de las Casas Consistoriales, deteniéndose especialmente en el Salón de Ciento y en el del Consistorio. Por la tarde, las autoridades devolvieron la visita al almirante.

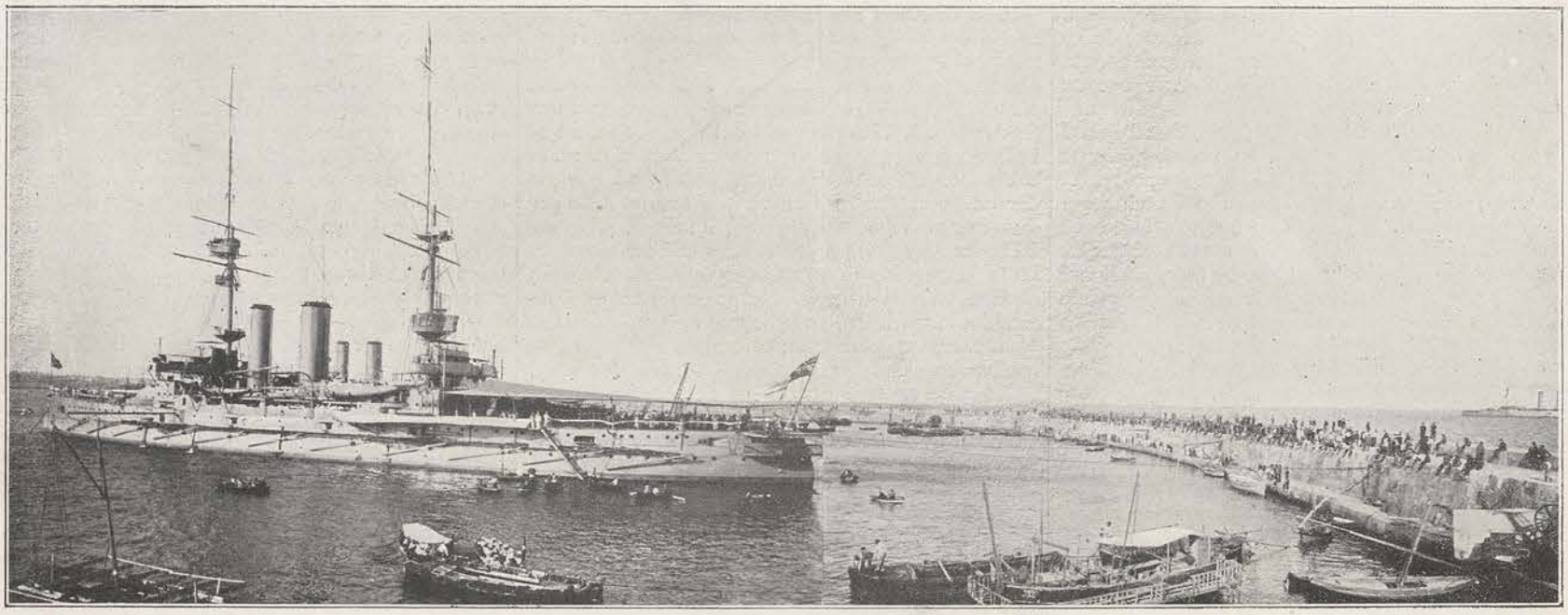
La mañana del miércoles dedicáronla sir Drury y el príncipe de Battenberg á visitar la catedral, de la que hicieron grandes elogios, y por la tarde los jefes y oficiales de la escuadra, acompañados del alcalde y de varios concejales, pasearon en coche por el Parque y se dirigieron luego al Tibidabo, en donde el Ayuntamiento les obsequió con un banquete, al que asistieron, además de los indicados, las autoridades, representantes de las más importantes corporaciones locales, el comandante del crucero alemán *Victoria Luisa*, llegado el día antes á este puerto, y otras distinguidas personalidades, hasta el número de 200 comensales. A la hora de los brindis, cambiáronse afectuosos discursos entre el alcalde y el almirante. Durante el banquete la banda municipal, que había saludado la llegada de los marinos ingleses con su himno nacional, tocó varias piezas.

El almirante, en justa correspondencia, obsequió el jueves por la noche á las autoridades con un espléndido banquete, que se celebró á bordo del acorazado *Queen*.

La escuadra salió de este puerto el viernes.

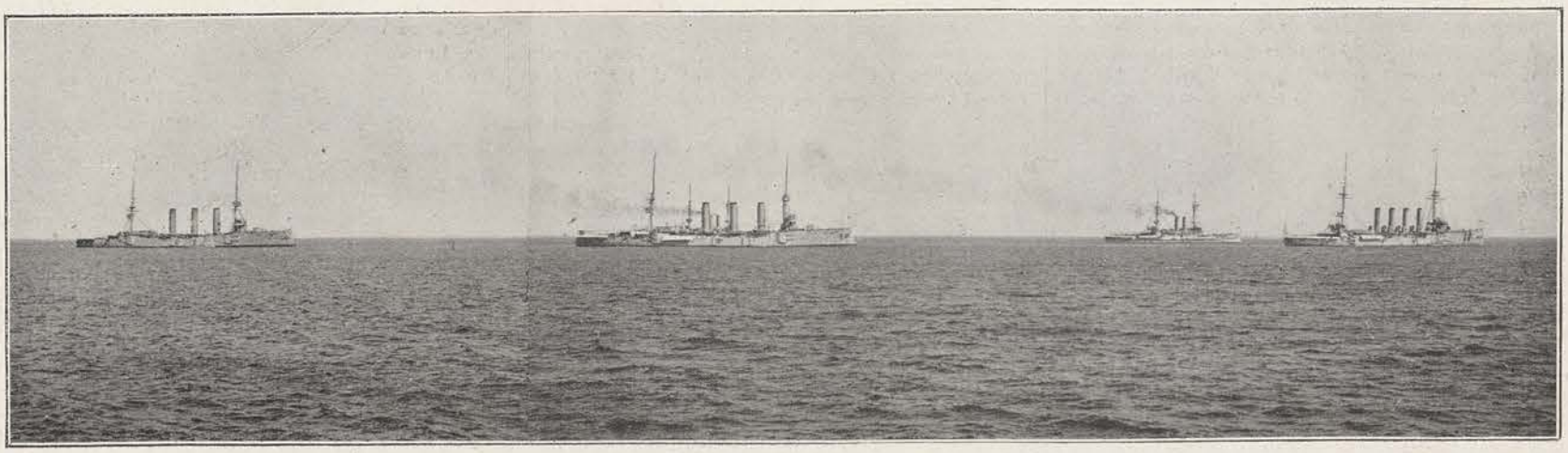
He aquí algunos datos acerca de los buques que la componen.

Los acorazados de combate *Queen* y *Prince of Wales* fueron botados en 1902, tienen el casco de acero y miden 122 metros de eslora, 22'85 de manga y 8'15 de puntal y desplazan 15.000 toneladas. Están dotados de dos máquinas de 15.000 caballos cada una, que desarrollan una marcha de 18 millas por hora, y su radio de acción es de 8.000 millas. Su armamento consiste en cuatro cañones de 30'5 centímetros, que pueden hacer dos disparos por minuto con proyectiles de 850 libras, en doce piezas de 15'2 instaladas en las casamatas, diez y seis de 7'6, seis de 47 milí-



Entrada del buque almirante «Queen» en el puerto

El almirante Drury, acompañado del jefe de estado mayor de la escuadra, de un ayudante y del vicecónsul Mr. Witry, á la salida de su visita al Ayuntamiento



Los buques de la escuadra anclados fuera del puerto

metros y dos tubos lanzatorpedos. Van mandados por capitanes de navío, y la tripulación de cada uno se compone de 790 hombres.

Los acorazados *Glory* y *Golliath* desplazan 13.850 toneladas, fueron botados en 1898 y 1899, miden 119 metros de eslora, 22'60 de manga y 7'90 de puntal, y sus dos máquinas de 13.500 caballos desarrollan una velocidad de 18 millas. Su radio de acción es de 8.000 millas, y montan cada uno cuatro piezas de 30'5 centímetros, situadas dos á proa y dos á popa; doce de 15'2, de tiro rápido, instaladas en las casamatas; diez de 76 milímetros, tres de 47, ocho ametralladoras y cuatro tubos lanzatorpedos. Van también mandados por capitanes de navío y llevan 750 tripulantes.

El crucero acorazado *Bacchante* fué botado en 1901, desplaza 12.500 toneladas, lleva máquinas que desarrollan 21.000 caballos de fuerza y tiene un andar de 21 millas. Monta dos cañones de 23'4 centímetros, doce de 15'2, doce de 76 milímetros, tres de 47 y dos tubos lanzatorpedos. Su tripulación se compone de 750 hombres y va mandado por un capitán de navío.

Los cruceros *Suffolk* y *Lancaster*, botados en 1902, miden 138 metros de eslora, 20 de manga, 7'70 de puntal y desplazan cada uno 9.800 toneladas. Sus máquinas desarrollan una fuerza de 22.000 caballos y su andar es de 23 millas. Su artillería consiste en catorce cañones de 15'2 centímetros, diez de 16, tres de 47 milímetros y dos tubos lanzatorpedos. Llevan 600 tripulantes cada uno.—X.

El vicealmirante príncipe de Battenberg, el almirante Drury, el vicecónsul Mr. Witry y el alcalde accidental Sr. Bastardas, dirigiéndose desde la Puerta de la Paz al Tibidabo

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA

Ó

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR

D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada

Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,

para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Viaje del presidente de la República Francesa á las cortes del Norte de Europa

M. Fallieres y los reyes de Noruega en Voxenhollen. (De fotografía de M. Branger.)

Una de las impresiones más gratas que en su reciente viaje habrá recibido M. Fallieres, habrá sido sin duda la de la excursión realizada en compañía de los soberanos noruegos á Voxenhollen, pintoresco sitio de los alrededores de Cristianía.

Allí, en aquel paisaje hermoso, libres todos de las molestas etiquetas cortesanas, el ilustre viajero y sus regios huéspedes pasaron unas horas deliciosas, de plácida tranquilidad, de sencillez burguesa, olvidándose enteramente de su personalidad oficial y figurándose por unos momentos ser unos simples ciudadanos que gozan de los encantos de una jira campestre. En una modesta quinta almorzaron el presidente Fallieres, el rey Haakón, la reina Matilde, el príncipe Olaf y algunos íntimos; no fué un banquete oficial, sino una comida familiar, una fiesta de expansión, después de la cual y de dar un paseo por aquellos bosques, regresaron los excursionistas á Cristianía para volver á ser, de fijo con cierto sentimiento de pena, los jefes de Estado cuyos actos, palabras y movimientos han de estar forzosamente cohibidos por las estrechas y muchas veces ridículas exigencias del protocolo.

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

En todas las Farmacias del Globo.
INSTRUCCIONES SOBRE EL EMPLEO DEL JARABE DE LABARRE y sobre los Sufrimientos de los Niños
FUMOUZE — PARIS
Primera Dentición
JARABE DELABARRE
Facilita la salida de los dientes
y previene todos los Accidentes de la Dentición.
Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Todas las parisienses elegantes emplean la

Crema de Siva
que conserva á la piel su frescura y su aterciopelamiento, que evita las arrugas y las manchas de rojez, y que proteje al cutis contra las influencias atmosféricas.
COMPAÑÍA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS
Depositario en España
PÉREZ, MARTIN, VELASCO Y C.ª — MADRID

Data de 1849 — París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
Casa CANDÈS — Bd St-Denis, 16

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón